



AUSENCIA

El vacío ocasionado por conductores ebrios

FUNDACIÓN **MAPFRE**

AUSENCIA

El vacío ocasionado por conductores ebrios



Mario Alegre Barrios • Yolanda Arroyo Pizarro • Nancy Debs Ramos • Nelson Gabriel Berríos
Víctor Manuel Nieves • Vicente Toledo Rohena • Rafael Vega Curry

Primera Edición
Noviembre 2013

© Copyright FUNDACIÓN MAPFRE, 2013

Este libro no es para la venta. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, incluyendo cualquier medio de reproducción electrónico o mecánico, fotografía, fotocopias, vídeo, internet, sistemas de almacenaje o retransmisión, sin el permiso escrito del Instituto de Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE, salvo que sea utilizado para propósitos educativos o de prevención siempre que se cite su procedencia.

FUNDACIÓN MAPFRE

Directora: Iraida Meléndez Ortiz

Coordinadora: Belinda Pujols

Consultora: Francheska Marcial

www.fundacionmapfre.org

(787) 250-6500 Ext. 6353 / 6672

QUALITAS

Concepto creativo: QVALITAS

Gerente de proyecto: Rosalba Jiménez

Director creativo: José Miguel Sagardía

Diseño de cubierta: José Miguel Sagardía

COLABORADORES

Investigación de casos: Frances Rodríguez, Directora, FLAS & MADD

Epílogo: Dr. Pablo Rodríguez, Director, Hospital de Trauma, ASEM

Escrito estadístico: José A Delgado Ortíz, Director, Comisión para la Seguridad en el Tránsito

IMPRESSIVE PUBLICATIONS

Editor: *Víctor Manuel Nieves*

Escritores: *Nancy Debs Ramos, Mario Alegre Barrios, Nelson Gabriel Berríos,*

Rafael Vega Curry, Yolanda Arroyo Pizarro, Vicente Toledo Rohena, Víctor Manuel Nieves.

Correctores: *Gisel Laracuente Lugo*

Fotografía de los entrevistados: *Víctor Manuel Nieves*

Foto de cubierta: *GettyImages*

PRINTED IN CANADA by SURE PRINT & DESIGN

*“En el corazón de todos los inviernos vive una primavera palpitante,
y detrás de cada noche, vendrá una aurora sonriente.”*

Khalil Gibran

Índice

- 7** **Sobre Ausencia**
Palabras preliminares
- 10** **Más allá del mal tiempo**
Sobre cómo hacer del dolor una cruzada de amor
- 20** **El regreso de Omy**
Mirando la vida con esperanza
- 26** **Libélulas**
Metáforas de fe
- 30** **Volver a vivir**
Heridas a flor de piel que duelen en el alma
- 36** **Promesas que no se rompen**
De los recuerdos que no pueden derretirse
- 42** **El trago amargo**
Sobre una mirada inocente que nunca debió apagarse
- 48** **Una niña preciosa**
Sobre la fugacidad de una vida brillante
- 54** **En el umbral de una vida nueva**
*Sobre el Año Nuevo que no llegó
y los sueños que se fueron con la Nochevieja*
- 60** **Un angelito**
La triste partida de Valeria
- 66** **Las estadísticas de la epidemia de alcohol en las carreteras**
- 68** **Epílogo**
- 70** **Agradecimientos**

Sobre *Ausencia*

Palabras preliminares

Por Iraida Meléndez Ortiz

Directora de **FUNDACIÓN MAPFRE, Puerto Rico**

Hay historias humanas tan fuertes que por su naturaleza dramática nos impactan con solo escuchar un rumor sobre éstas. Nos sucede a diario al repasar los titulares de los periódicos. Sin embargo, desde el papel y la tinta las noticias nos parecen distantes, ajenas, cosas que le pasan a otras personas; en fin, historias que captan la atención hasta que se desvanecen al pasar la página. Después de todo, tristemente, han sido tantas las malas noticias que hemos visto que terminan por convertirse todas en fragmentos de titulares archivados en algún rincón de la memoria.

Del cúmulo de estas noticias hacemos estadísticas generales que expresamos en frases de uso común como: “la calle está dura”, “la cosa está mala”, “hay mucho borracho en la calle”, etc. Hay ruidos que a fuerza de la costumbre dejamos de escuchar. La tragedia se torna así en cotidianidad. Algo similar pasa con las portadas trágicas de los rotativos; un buen día dejan de impactarnos. Nos impacta el titular, pero la velocidad con la que fluye la información hoy día nos entrega un nuevo titular a cada minuto, sin darnos la oportunidad de reflexionar sobre las cosas que pasan.

Este libro se trata de nueve de esos titulares que nos hicieron ver las portadas de los periódicos en algún momento de las tres décadas pasadas, pero con una diferencia fundamental. Estas son las historias en su integridad, el cuento completo con sus desenlaces, narradas desde la intimidad del hogar de sus protagonistas, con el único fin de permitirnos una reflexión sobre un tema que es pertinente para todos: el alcohol en nuestras carreteras. Son historias conmovedoras que aquí se presentan con distancia del incidente, con el propósito de demostrar cómo un suceso trágico, producto de la embriaguez en las vías de rodaje, sobrepasa la tragedia en sí, e incluso el tiempo, y afecta a muchas más personas de las que uno llega a imaginarse.

Si hay una lección que nos ha enseñado el ejercicio de compilar estos relatos es que, cuando una familia pierde uno de los suyos, con ellos también pierde la paz. Son historias que no terminan con la catarsis de un entierro, como uno pudiera pensar según lo ve en los medios noticiosos. La herida late al día siguiente cuando se tiene que lidiar con los recuerdos, sangra gota

a gota en la búsqueda de justicia, se desgarran con pocas oportunidades de sanar cuando la justicia finalmente no llega y aun cuando llega, cerrado el proceso, el recuerdo es siempre una navaja que vuelve a lastimarla. Dentro de esa realidad, los protagonistas de estos relatos han buscado heroicamente inspiración para seguir viviendo, y con gran sentido de humanidad, han abierto sus corazones para compartir sus vivencias en beneficio de otros.

Este libro es una iniciativa del Instituto de Seguridad Vial FUNDACIÓN MAPFRE, la Fundación Luis A. Señeriz (FLAS), en conjunto con Mothers Against Drunk Driving (MADD). La Fundación Luis A. Señeriz coexiste con MADD en Puerto Rico en unidad de propósito para erradicar el uso de alcohol en las vías de rodaje. Este objetivo de seguridad en las carreteras es algo que también comparte FUNDACIÓN MAPFRE y la razón por la que hemos unido esfuerzos con tanto interés para lograr este proyecto.

FUNDACIÓN MAPFRE es una institución sin fines de lucro creada en 1976 por MAPFRE, el mayor grupo asegurador español. Su objetivo principal es contribuir al bienestar de la sociedad a través de la acción social, la seguridad y la cultura. Sus iniciativas se extienden a 22 países en su afán de fomentar mejores sociedades. FUNDACIÓN MAPFRE lleva a cabo sus actividades a través de cinco institutos. Estos son: el **Instituto de Acción Social**, que en Puerto Rico apoya la educación integral de niños y jóvenes; el **Instituto de Prevención, Salud y el Medio Ambiente**,

que hace posibles varias campañas de salud y conservación de recursos naturales; y el **Instituto de Ciencias del Seguro**, que ofrece becas en alianza con universidades locales. De otra parte, el **Instituto de Cultura** hace su aportación mediante proyectos relacionados al arte, la historia y la cultura en general. El quinto es el **Instituto de Seguridad Vial (ISV)**, que desde 2004 ha realizado múltiples e importantes proyectos de prevención de incidentes en las vías de Puerto Rico. Es gracias al compromiso de este instituto con Puerto Rico, que se materializó esta publicación.

Cada año, el ISV celebra dos importantes campañas de concienciación en la Isla: la Semana por la Seguridad Vial, dedicada a actividades promocionales de prevención de accidentes; y la Campaña de Navidad, un proyecto anual para evitar accidentes de tránsito durante las fiestas navideñas, enfocado en promover actitudes responsables con respecto a ingerir alcohol y conducir. Además, uno de los más importantes proyectos que FUNDACIÓN MAPFRE ha traído a la Isla es Villa Segura - Parque Rodante de Educación Vial. Este parque simula una ciudad donde los escolares, luego de tener una presentación interactiva de seguridad vial, tienen la oportunidad de practicar en un juego de roles, como conductores, ciclistas y peatones, en un espacio diseñado con calles, rotondas, cruces peatonales y señales, con el propósito de fomentar conductas responsables en los futuros conductores. Más de 17,000 niños de 8 a 12 años han disfrutado de la experiencia desde noviembre de 2011. Éstas son solo algunas

de las muchas iniciativas que impactan a cientos de miles de ciudadanos a lo largo del año.

Este libro es uno de esos esfuerzos. El mismo viene a ser el equivalente, de forma escrita, a un Panel de Impacto de Víctimas. Dichos paneles están compuestos por víctimas de accidentes producidos por embriaguez, quienes dan su testimonio en vivo frente a personas que han sido arrestadas por manejar ebrios. El propósito es hacerlos recapacitar sobre su conducta.

En este caso, los testimonios del libro llegan a un público más abarcador, con el objetivo de que todos podamos entender las consecuencias de mezclar el alcohol con el volante de forma preventiva.

Para realizar este trabajo reclutamos a ocho escritores y periodistas con probado interés por las historias de contenido humano, para que reprodujeran las voces de los sobrevivientes o víctimas en nueve casos de accidentes provocados por conductores ebrios. Una vez asignadas las entrevistas, cada autor se trasladó hasta el hogar de las familias. Desde la intimidad de sus salas, entre sus recuerdos, narraron las historias que presentamos a continuación.

Si bien los testimonios contenidos en esta colección de historias deben ser un disuasivo para quienes no han entendido la agresión que supone conducir en estado de embriaguez, este libro es también una manifestación de solidaridad y apoyo a las víctimas. En los textos que se presentan a continuación hay inspiración para aprender a superar las duras lecciones que a veces nos trae la

vida, no importa cuáles sean. Éstas son páginas en las que tristemente no hemos podido prescindir de la tragedia; sin embargo, están impregnadas de superación, de coraje, de lucha, de solidaridad, de ilusión, de fe, de sabiduría... En fin, que el conjunto del libro es un reflejo de todo lo que significa vivir.

¡Gracias por interesarse en este esfuerzo!

Más allá del mal tiempo

De cómo hacer del dolor una cruzada de amor

Por Víctor Manuel Nieves

Una tormenta eléctrica acompañada de lluvia copiosa cae sobre la ciudad, estableciendo un récord histórico de precipitación en San Juan para este día. Haciendo maniobras entre la escorrentía y un tráfico imposible, lucho para llegar puntualmente a mi cita. Voy camino a conocer a Sonia Señeriz, a una leyenda del activismo en contra de los conductores ebrios en Puerto Rico. Hago hincapié en las condiciones del tiempo porque en este día tempestuoso mi entrevistada, aparte de responder mis preguntas, tendrá que darme refugio.

Por fin llego al estacionamiento del condominio donde ella reside en Hato Rey. Paraguas en mano me acerco hasta el vestíbulo brincando inmensos charcos que empapan mis pies. La situación es de susto, porque camino esquivando las descargas eléctricas que iluminan el pavimento. Así que naturalmente estoy ansioso por llegar a un lugar seguro. Gracias a las instrucciones de un empleado del condominio consigo acceso hasta el décimo piso. Recorro un largo pasillo abierto al exterior, discurriendo entre la ventolera y los rayos, hasta dar con el número de apartamento indicado.

Encuentro una puerta abierta. No veo a nadie de inmediato. Me anuncio dando unos golpecitos en el marco y una voz femenina y tenue me responde “pase, lo estaba esperando”. Doy unos pasos hacia el interior del apartamento que tiene amplia vista a la ciudad y finalmente la tormenta pierde protagonismo en mi ajetreada mañana. La calidez del sitio y la sonrisa de la señora que se pone de pie para recibirme, la deja atrás. Siento que en esta casa no hay espacio para el mal tiempo.

Por fin el nombre de Sonia Señeriz que he escuchado desde niño a



través de las múltiples menciones en los medios de comunicación, adquiere un rostro. Tiene 76 años –lo sé porque lo investigué preparándome para la entrevista–, pero luce más joven. Debe ser por su sonrisa, que no nace en sus labios, allí solo se refleja; es más bien una luz interior la que ilumina su rostro y carga de energía su mirada. Me llama la atención que en ella fracasa el perfil de una activista impetuosa; doña Sonia proyecta de primera instancia ternura y familiaridad, como si te encontraras con una tía. Alguien inmediatamente familiar que irradia la expresión de una persona en paz consigo misma.

Su casa también habla de familiaridad; está repleta de recuerdos principalmente conservados en fotografías de diversos tiempos. Un mar de detalles intriga mis ojos cuando paso una mirada rápida desde el punto de la sala donde estoy sentado. Tapetes bordados a mano cubren cada uno de los muebles en la sala y el comedor. Algunos objetos hablan de su fe, otros de sus pasatiempos, como una colección de muñecas de porcelana para la que ha separado una butaca de la sala, otros son recordatorios de décadas de trabajo y en un lugar de jerarquía, recostado sobre un pequeño curio, hay un afiche grande con la foto de Luis Antonio, su hijo menor.

Intercambiamos saludos, hablamos un poquito de la tempestad que hay afuera, del País, de la cultura, de las circunstancias que nos reunían allí...

Tengo muchas curiosidades y toda una lista de preguntas para hacerle. Abro de inmediato

mi libreta de apuntes donde anoté algunas de ellas, sin advertir que no habrá necesidad de hacer muchas de éstas ya que parece que tiene claro lo que quiere contarme.

“Yo soy la madre de Luis Antonio Señeriz Cruz”, dice mientras señala un botón que lleva prendido en el lado izquierdo de la blusa, donde aparece la foto de un joven risueño en sus 18 años. Es un botón promocional que siempre lleva puesto como consigna de su gestión social. Debo aclarar en este punto que he llegado a la casa de doña Sonia para conocer sobre la muerte de su hijo menor por causa de un conductor ebrio. Por eso me alivia que sea ella quien comience a hablar. Uno nunca sabe bien cómo abordar estos temas.

Luis era el menor de cinco hermanos y, por ende, el consentido de la casa. Creció entre las protecciones de toda su familia. Desde pequeño se destacó por su don de gente, por lo que era querido por sus contemporáneos, pero también por los adultos que se admiraban de su madurez. Sus pasiones eran el fútbol, deporte que practicaba desde chico y que conocía a la perfección y la música. Tristemente enfrentaba un problema con las principales herramientas de un futbolista: sus piernas. Había nacido con una pierna ligeramente más corta que la otra, lo que produjo que una de ellas se arqueara al llegar a la adolescencia. Pasó por la primera de dos cirugías que perseguían corregir la desviación, pero no fue posible. Aun así no perdió la ilusión por el deporte.

Durante el verano de 1978, en compañía de su familia Luis asistió a una actividad en la base

militar Buchanan en Guaynabo. Allí conoció a Troy Field, un árbitro de fútbol estadounidense a cargo de la Liga Pee Wee con base en dicho campamento militar. Field, además, tenía un contrato con la base para musicalizar los eventos del Club de Oficiales. En fin, que ambos compartían dos intereses en común: el fútbol y la música. La amistad surgió espontánea y creció basada en la admiración que tenían el uno por el otro aun con la diferencia de edades, pues Field rondaba ya los 40 años. Luis, de otra parte, con solo 16 años, se convertía en el árbitro más joven de la liga gracias a que su nuevo amigo le reconocía tener un conocimiento excepcional del juego. Ser árbitro significaba para Luis la gran oportunidad de mantenerse en el fútbol y trascender su limitación para jugar en el campo.

En el plano académico tenía un futuro prometedor, considerando su excelente desempeño desde pequeño en el Colegio Notre Dame de Caguas, donde se graduó con honores, y posteriormente como universitario en el Recinto Universitario de Mayagüez, donde ya en el primer semestre de su segundo año tenía una oferta académica de Ohio State University para continuar sus estudios fuera de la Isla. “Luis vivía intensamente”, enfatiza Doña Sonia. “Él quería hacer en esta vida todo lo más que pudiera, como si de alguna manera él supiera que tendría una vida corta”, agrega. Fue precisamente en ese primer semestre de su segundo año académico de universidad, cuando el destino se le presentaba brillante y vivía felizmente la materialización de sus

sueños, que tuvo lugar el suceso que lo cambió todo.

Ocurrió el 27 de octubre de 1984. Unas semanas antes, Luis había conocido a la joven Fátima Hassan en una actividad del Club de Oficiales en la base naval Roosevelt Roads de Ceiba. La joven con residencia en Ohio visitaba a su hermana destacada allí. Pronto se hicieron amigos y ese 27 de octubre él se había comprometido a darle transportación hasta una actividad en Ceiba. Una vez que pasa por ella a la hora acordada, emprenden el viaje por la antigua carretera que va de Fajardo a Ceiba. Según recuerda la joven, Luis había establecido que no había ninguna prisa en llegar pues estaban más que a tiempo. “Imagínate, era la oportunidad de él poder hablar con ella tranquilamente antes de llegar a la actividad”, comenta Señeriz y guiña un ojo.

Eran los años ochenta, tiempos en los que la seguridad vial era abismalmente diferente a la de hoy. Esa carretera en particular era para entonces una vía estrecha y de escasa iluminación. Ellos la transitaban en un automóvil Toyota Celica deportivo propiedad de doña Sonia, pero adquirido al gusto de Luis, pues entre madre e hijo tenían un arreglo para compartirlo. “A mi esposo no le gustaban los carros pequeños porque pensaba que eran más vulnerables en los accidentes”, recuerda.

A medio camino de su destino, el viaje transcurría entre risas y la simpática conversación de jóvenes que recién entablan una amistad. Súbitamente, de la nada, las luces de un carro grande



En la página anterior, Sonia Señeriz en su residencia, mostrando la camisa de árbitro de su hijo Luis. Desde la izquierda, Sonia Señeriz con el pequeño Luis en sus primeros meses de vida. Al lado Luisito en el retrato de kindergarden en 1973, y un par de años después en uno de los días más felices de su vida cuando visitó DisneyWorld en California. En la primera foto a la derecha, Luis recibe su Primera Comunión en la iglesia Notre Dame en Caguas. En la segunda foto, una de sus últimas, posa junto a uno de sus grandes amores, su abuela materna. Al final la lápida funeral que guarda sus restos mortales desde su entierro en 1984.

aparecen en medio de la carretera avanzando vertiginosamente sobre ellos. Era un Ford LTD, un carro robusto, de color marrón oscuro. El pánico invadió los ojos del conductor, quien se giró a ver su acompañante. Fue una mirada de fracciones de segundo, de esas que pueden contar toda la angustia del mundo en un parpadear. Acto seguido, extendió su brazo derecho buscando protegerla, mientras con su otro brazo hacía todo por evitar la colisión. Pero no había nada por hacer, el auto

que invadía su carril era un proyectil imparable. Según se desprende de la declaración jurada de Hassan, Luis gritó: “¿Qué le pasa a ése que está metido en mi carril?”. Y con la última consonante, el golpe. Fueron sus palabras finales. Luis no llevaba el cinturón de seguridad, por lo que impactó el cristal delantero para luego desplomarse con la cara desfigurada en la falda de la joven.

Hay un silencio paralizador que sigue los impactos de esta naturaleza, en el que la persona



se pierde en una especie de limbo donde es imposible saber qué pasa, dónde se está, quién uno es. Una humareda blanca que comenzaba a salir del auto recién impactado, fue el aviso que sacó a Fátima de la catarsis. Se hizo de fuerzas para tirarse a la carretera en medio de la calle para clamar por ayuda. Su peor miedo: que un fuego por combustión terminara incinerando al conductor que yacía inconsciente en el auto. Ella sobrevivió el impacto, en parte porque llevaba el cinturón de seguridad puesto y a la maniobra de Luis para esquivar el otro vehículo.

La ayuda llegó eventualmente. Fueron socorridos por otros conductores que se detuvieron ante la escena. Una ambulancia los trasladó hasta el hospital de Fajardo. Luis estaba en estado crítico. Desde allí la joven tuvo

que armarse de valor para hacerle la terrible notificación a la familia Señeriz. Hay noticias que son tan duras de informar, como de recibir. Así fue como Sonia Señeriz se enteró del accidente de su hijo aquella noche. Por la magnitud del impacto, la víctima fue preparada en el hospital de Fajardo para trasladarla a la Unidad de Traumas del Hospital Centro Médico en San Juan. Había muy poco por hacer, pero la familia no lo sabía aún. Siempre se guardan esperanzas. Pronto todos los familiares corrieron a esperar la ambulancia que trasladaba el accidentado hasta San Juan, pero casi inmediatamente después de su arribo, el hospital certificaba la muerte del joven. La travesía de Luis por la vida llegaba a su final.

“Nunca se está preparado para un evento así. Fue un accidente aparatoso. Imagínate, Luis

tenía una dentadura perfecta. Cuando yo lo llevaba al dentista las secretarias se enamoraban de la sonrisa de mi hijo, y en ese impacto se le rompió hasta su lengua”, anota. Esto lo expresa para subrayar cómo el impacto que lo desfiguró apagó para siempre la sonrisa por la que todos le reconocían. Ahora me señala el afiche antes mencionado, donde Luis continúa sonriendo sobre el papel fotográfico. Fue de sus últimas fotos, tomada en la boda de su hermano.

Desde el hospital llamaron al hijo mayor de la casa, Rafael Señoriz, para decirle que tenía que venir de inmediato de Estados Unidos, donde vivía, porque su hermano menor había muerto. “También le pedimos que llamara a sus otros hermanos que vivían fuera de la Isla, pero que les dijera que estaba en cuidado intensivo para que no se les hiciera tan pesada la noticia hasta que llegaran a Puerto Rico. Mi hijo había sido muy querido, mucha gente estaba devastada. Era gente de todas las edades que expresaba su sentir; entre ellas recuerdo una llamada la mañana siguiente, de una anciana que me decía que ella quería ser la primera en hablarme, por lo que mi hijo había representado para ella”, recuerda.

La vida fue otra desde ese día. Primero fue la culpa, sus amistades se culpaban de no haber estado con él en algún otro lugar; su acompañante, de que esto pasara por haberla transportado; si hubiese andado en otro tipo de auto; si hubiese tomado otra carretera...

Luego, el coraje de ver cómo se apagaba una vida productiva por causa de un borracho.

El abuelo paterno llegó a sugerirle al padre de Luis que agarrara una escopeta y acabara con ese hombre, que él se aseguraba de hacer todo lo que estuviera a su alcance para sacarlo de la cárcel. “Pero eso no nos iba a devolver a Luis. Si eso hubiese sido un remedio para tener a mi hijo de vuelta, yo personalmente hubiese estrangulado al asesino de mi hijo. Pero eso no nos servía de nada”, recalca doña Sonia. Para no tener ni siquiera el pensamiento, se deshicieron de su colección de armas de cacería, deporte que junto a la pesca eran los principales entretenimientos de la familia.

Pero la muerte de Luis no culminó con su entierro dos días más tarde, sino que fue la punta de una lanza que produciría más heridas. “Cuatro años después de que partió Luis, mi marido murió de un infarto fulminante porque él nunca pudo superar la muerte de nuestro hijo”, revela. Don Ramón Señoriz, padre, nunca conoció al ofensor. Nunca quiso verlo. La angustia del suceso, un proceso judicial irregular y finalmente la tristeza, se combinaron para arrebatarle la vida a él también, como si el accidente hubiese activado una secuencia de dominós que terminaría desplomando varias piezas sucesivamente. Nunca es una sola tragedia la que produce el conductor borracho. A veces la vida es más dura con los que sobreviven.

De eso da fe la propia doña Sonia, que por fortuna hizo suyas unas palabras muy sabias de su hijo mayor que, según ella, han sido su norte desde entonces. “A mí nunca se me olvida que cuando pasó lo de Luis, mis hijos, mi esposo,

nuestro amigo Troy Field y yo hicimos una mesa redonda para hablar de cómo habríamos de lidiar con nuestra pérdida. Establecí esa misma noche lo que yo haría. Convertir esto en una cruzada para salvar otras vidas. Era una decisión que yo iba a llevar a cabo con o sin su apoyo. Entonces Rafael, mi hijo mayor, me dijo: ‘Mami, yo respeto lo que sea que tú quieras hacer, pero te pido un favor en nombre mío y de mis hermanos: recuerda siempre que tú tienes otros hijos y, sobre todo, no te entierres con Luis’. Esas palabras me han perseguido toda la vida desde ese momento. Hay madres que se entierran con sus hijos porque no superan el dolor; y mi primer consejo a las víctimas es siempre el mismo: que no se entierren en vida”, reitera.

Ahora le pregunto por el ofensor: “El hombre que mató a Luis, Esteban Herrera Solís, era un hombre de 64 años. Era un protegido político, estaba borracho y venía a exceso de velocidad”...

— ¿Usted sí lo llegó a conocer?

— Sí, yo tenía que ponerle un rostro al fantasma que había asesinado a Luis.

— ¿Usted usa la palabra “mató”, refiriéndose al ofensor como a un asesino?

— Sí—contesta contundente—, yo tengo el derecho de decirle asesino al hombre que mató a mi hijo.

Lo dice y luego aclara que no tiene otra forma de nombrar a un hombre que conduce alcoholizado a alta velocidad por una carretera estrecha y oscura. Luego establece que ella luchó por un proceso judicial hasta las últimas consecuencias, porque “hay un prejuicio contra los

jóvenes que los vincula al alcohol y había que dejar claro que mi hijo no tenía ni una gota de alcohol en la sangre”. Según el informe policial, Herrera Solís arrojó un .20 de alcohol. Fue encontrado culpable, pero aun cuando fue sentenciado a un año y tres meses de cárcel, mediante mecanismos legales nunca tuvo que cumplir ni un día en prisión.

La escucho repasar la película entera del suceso y me asombra su entereza, la coherencia con la que reconstruye todo lo ocurrido sin omitir detalles. Sin embargo, aunque es un filme que ha visto tantas veces durante tres décadas de gestión cívica, no puede disimular el velo de sombra que opaca su rostro cuando recuerda la tragedia. Por unos segundos se queda pensativa, como si se trasladara a otro tiempo. Entonces no puedo evitar preguntarle cómo se siente hoy, a tantos años del suceso.

Percibo que regresa a la conversación, toma un respiro profundo. “Es parte de mí. Me encantaría poder abrazar a mi hijo... pero yo sé que su presencia está siempre conmigo. Yo creo que todas las mamás que perdemos hijos sentimos que su presencia está ahí con nosotras todo el tiempo. Unas veces estoy más sensitiva que otras, sobre todo en fechas especiales, y no puedo evitar las lágrimas. La única diferencia es que en el caso de Luis en particular, yo no me escondí a llorar su pérdida en una esquina sino que me dije: hay que hacer algo, hay que ver cuántos Luises y cuántas Luisas se salvan en las carreteras”, sostiene.

Fue así como convirtió el dolor en energía para crear la Fundación Luis Antonio Señoriz o FLAS, por sus siglas. “La fundación nació la noche

que murió Luis, aunque se inscribió legalmente en 1986. En Puerto Rico cuando mi hijo falleció, morían unas 700 personas en las carreteras. La gente mataba impunemente y seguía caminando sin responsabilidad alguna por el crimen. Hoy día hemos logrado que haya más conciencia, las leyes son más fuertes, los tribunales son más exigentes y hay mayores controles”, señala.

Entre las principales encomiendas de la fundación está el cabildeo en la legislatura del País que ha sido instrumental para lograr cambios importantes en la Ley 22, o Ley de Tránsito de Puerto Rico, en especial del capítulo séptimo de mencionada ley que regula el uso de alcohol en las vías públicas. Su primera victoria fue llevar el punto aceptable de alcohol en la sangre a .16 y posteriormente al .08 para la ciudadanía en general y .02 para jóvenes de 18 a 21 años y conductores de equipo pesado. Hoy día cabildean para que Puerto Rico se una a los estados de la Nación Americana que buscan bajar los límites de consumo a .05 para todos los conductores.

A esos logros se suman importantes cruzadas educativas de prevención, en especial con la juventud. “De nada sirve tener leyes si la gente no las conoce. Mi enfoque siempre ha sido preventivo y de educación. Que la gente sepa que es libre de hacer lo que quiera, pero que hay consecuencias que pueden ser graves y tienes que asumir tu responsabilidad”, menciona. Entonces recuerda los gratos momentos que ha pasado entre las comunidades, las escuelas, las víctimas e incluso los ofensores con los que ha trabajado por

tanto tiempo.

— ¿Cuál es el secreto de mantener una fundación operando exitosamente durante tres décadas?

— Yo creo que la actitud. Cuando yo creé la fundación no quise convertirla en la Liga de la Temperancia (un movimiento de origen religioso que persigue erradicar el alcohol). No. Yo creo en el libre albedrío y en trabajar para cambiar un patrón cultural, respetando la libertad de la gente para actuar conforme a su conciencia.

Sus palabras me aclaran por qué exhibe una naturaleza distinta de activista. Sobre ello incide también su educación y ejercicio profesional como salubrista. “Nunca he querido ser vista como una bruja en contra de los borrachos”, comenta sonriente. Más bien ella ha trascendido en el País como un emblema de responsabilidad pública, un espejo donde las víctimas pueden mirarse, una inspiración para la juventud, una maestra de la salud pública y un ejemplo que nos recuerda a todos nuestra responsabilidad ciudadana en las vías de rodaje.

De otra parte, su fundación ha logrado importantes alianzas con otras organizaciones internacionales como Madres Contra Conductores Ebrios o MADD, por sus siglas en inglés. MADD creó en Estados Unidos el concepto de Panel de Impacto de Víctimas. Tanto en Puerto Rico como en la Unión Americana, a los conductores ebrios que son detenidos y no han causado daño a otro ser humano les ordenan, como parte de sus sentencias, asistir a un Panel de Impacto de Víctimas. En Puerto Rico, estos paneles los organiza

FLAS y consisten en que dichos conductores o acompañantes de conductores ebrios, escuchen el calvario que han vivido las víctimas, los familiares o sobrevivientes de tragedias en la carretera, por causa de ofensores como ellos. “Ha tomado tiempo, va a tomar tiempo cambiar las actitudes de un pueblo, pero ya se ven resultados”, asegura.

Ahora le pregunto sobre el futuro, aquellas cosas que le quedan por hacer. No me contesta de inmediato, pero su gesto habla por sí solo. Sus ojos se detienen sobre un álbum de los primeros años de vida de su hijo que sostiene en su regazo, piensa unos segundos y dice con nostalgia: “Es la hora de preparar la gente que tomará la batuta”. Pero rápidamente sale del paréntesis y habla de todos los planes y compromisos que tiene que cumplir en los próximos días y semanas. Entonces comprendo que el retiro es impensable por ahora, aún le queda jornada. “Los cambios toman tiempo. Han tenido que pasar casi treinta años desde que comenzamos, para ver los cambios de actitud que apreciamos hoy. Nada pasa de un día para otro, hay que tener paciencia, como pasó con el uso del cinturón de seguridad y con el cigarrillo”, destaca.

Desde la pared del fondo, un reloj cucú que ha marcado el tiempo de la entrevista anuncia el mediodía; hemos hablado por casi dos horas. El sol sigue oculto entre las nubes, mas la tormenta amaina. De todas formas, lo que acabo de escuchar me deja claro que todo mal tiempo pasa, aunque al enfrentarlo su naturaleza devastadora nos intimide.

Ambos tenemos que cumplir con nuestras



agendas, aunque me encantaría escucharla por un rato más. Todavía tiene muchas cosas que contar y percibo en ella la satisfacción que siente de compartir su historia. Después de todo, ese ha sido el sentido de una buena parte de su vida: dar su testimonio, echar a volar, mediante sus palabras, una cruzada por la vida que le dé algún sentido al golpe más duro que ha recibido en su existencia. Un dolor que como ella insiste, “ninguna madre debería vivir”.



El regreso de Omy

Mirando la vida con esperanza

Por Mario Alegre Barrios

La fotografía ha perdido algo de su color, tiene los bordes gastados y en ella un pequeño de unos tres años aparece sentado en un sofá, sujetando el retrato enmarcado de otro niño más o menos de su edad.

Su parecido es tal, que bien podrían ser el mismo. Ambos miran fijamente a la cámara con un intento de sonrisa, sin saber que jamás se conocerán: hoy el primero está por cumplir los doce años de edad; el segundo, los cumplió hace unos meses... pero de muerto. El primero se llama Omar, el segundo, también... y es su padre.

Omar Guadalupe García –Omy– pasó buena parte de sus 23 años desafiando la muerte, con la inconsciente certeza –tan común en los jóvenes– de que la vida es eterna, confiado en que su pasión y habilidades como motociclista de competencia eran mayores que cualquier peligro en la pista y el cálculo no le falló.

El joven jamás tuvo un accidente serio a lo largo de su extensa y exitosa trayectoria deportiva –fue campeón nacional en la categoría 750 Stock en 2000– sin embargo, su vida terminó a bordo de su motora el 4 de febrero de 2001, cuando un conductor ebrio lo impactó para marcar trágicamente la existencia del hogar peñolano donde sus padres –Homar y Tita– aún sufren su pérdida con el dolor a flor de piel.

La presencia de Omy parece suspendida entre las paredes de la residencia. Sobre



la mesa del comedor una decena de trofeos son testimonio de sus triunfos, junto a dos réplicas en miniatura del vehículo de sus amores y varias fotos, entre ellas la del hijo del que jamás tuvo noticia: al morir desconocía –en realidad nadie lo sabía– que su esposa Marta estaba embarazada. Para don Homar, ese nieto que nació el 3 de octubre de 2001 –ocho meses después de la tragedia– es la respuesta a lo que siempre supo cuando vio el cuerpo sin vida de su hijo sobre la carretera y la intervención de los paramédicos impidió que le diera el último abrazo.

“Cuando regresé a casa ya su mamá lo sabía y todo era llantos, gritos, dolor”, recuerda don Homar con voz temblorosa. “Desde ese momento empecé a decir ‘Omy no se queda ahí... Omy va a llegar a casa. ¿Cómo va a llegar?, no lo sé, pero yo lo conozco... él va a llegar a casa’. Luego de eso vino todo lo demás... el velorio y un entierro que hizo historia en Peñuelas, pero nunca dejé de repetir que Omy regresaría”.

“El mejor hijo que pudo haber...”

Todo comenzó desde la infancia misma de Omy, quien aprendió a amar las motoras aun antes de aprender a caminar: su padre –bombero y paramédico muy querido en Peñuelas– acostumbraba llevarlo a pasear en una de ellas, acomodado entre sus piernas, con el futuro campeón, a veces inclinado sobre el manubrio de la máquina y con el acelerador sujetado por su diestra, y otras en la parte posterior, agarrado a su

cintura.

“Omy siempre fue un niño muy alegre – recuerda doña Tita– y desde muy pequeño nos decía a su papá y a mí que su sueño era ser campeón de motora... desde los nueve años. Y eso nunca se le quitó de la mente, hasta que lo consiguió”.

“Yo tenía una motora y me lo llevaba hasta Rincón montado atrás... a veces también al frente, donde se quedaba dormido”, añade don Homar. “Sin duda desde entonces él decidió que eso era lo que más amaba hacer”.

No obstante, los inicios de Omy como motociclista independiente pasaron inadvertidos para Tita y Homar. De hecho, transcurrieron algunos años antes de que descubrieran que el adolescente había comprado su primera motora, que la mantenía escondida en casa de la tía Felícita –hermana de su madre– y que ya había corrido varias veces en la pista de Salinas.

“Poco a poco nos empezaron a contar que lo habían visto corriendo por ahí, hasta que lo confirmamos”, recuerda Tita. “Mi hermana nunca nos dijo nada porque le había prometido a él guardar el secreto. Esa primera motora era de monte y con ella iba por todo el pueblo. A veces la corría en una sola goma... a mí el corazón se me quería salir. Luego fue que pudo conseguir la que quería –una Kawasaki 750– para correr mejor en la pista y con la que fue campeón. Aunque Omy no era un gran estudiante, logró hacerse paramédico y trabajaba en el hospital siquiátrico de Ponce”.

Para Tita, Omy fue “el mejor hijo que pudo

haber... cariñoso, amable, protector”. “Me mordía la oreja y me cargaba”, recuerda ella con la mirada brillante, mientras atrapa al vuelo algunos de los recuerdos que nunca languidecen. “Le encantaba lo que yo cocinaba, en especial los guanes con bacalao. Cada vez que salía o llegaba a casa me abrazaba y me pedía la bendición”.

Para el padre –quien confiesa que desde el último aniversario de la tragedia sufre prolongados periodos de depresión– el mejor atributo de su hijo fue la bondad y el amor que sentía por ellos. “Durante un tiempo le dio por pulir motoras y yo le ayudaba. Las dejaba brillantes. Los gastos eran míos y las ganancias de él”, rememora Homar con una sonrisa que fugazmente le ilumina el rostro. “Compartíamos mucho...”.

La tragedia

Al momento de evocar por enésima ocasión la pesadilla que comenzó al atardecer del 4 de febrero de 2001 –con su testimonio, Homar y Tita son parte de las campañas educativas que la Fundación Luis E. Señeriz lleva a cabo contra el alcohol en las calles y carreteras– él toma la palabra con un inapelable “eso lo cuento yo”, para evitarle a ella revivir en la oralidad el calvario que vivieron durante aquellos días y cuyas heridas jamás han dejado de sangrar.

Aquel día Homar salió con Tita a ayudar a un vecino con un problema que tenía en su casa en el campo. Ambos iban en el auto que recién habían estrenado y a las 5:25 de la tarde,

justamente cuando se disponían a regresar a su hogar, el auto tuvo un desperfecto con la palanca de cambios. Algunos vecinos hicieron un injerto para repararlo provisionalmente y facilitarles el regreso.

“Llegamos aquí, al portón frente a casa, como a las seis y media. Mi hija estaba con un amigo y su cara de dolor me dijo que algo había pasado”, recuerda Homar. “Me bajé del carro y le pregunté qué había pasado pero ella no podía hablar... Alguien detrás de mí dijo ‘Omy tuvo un accidente’. Me quedé paralizado por un instante y entonces le pregunté a mi hija ‘¿Se mató, verdad?, ¿se mató?’, y ella apenas pudo decirme que sí con la cabeza. Las piernas se me doblaron y caí al piso”.

Aturdido por la devastadora noticia, Homar escuchó cuando alguien le dijo que su hijo estaba frente al hotel Holiday Inn. Tras sortear el descomunal tapón que se formó en la carretera núm. 2, llegó cerca del lugar del accidente. Cuando su vehículo no pudo avanzar más, se bajó y corrió hasta el sitio mismo donde yacía ya sin vida el cuerpo de Omy.

“No le veía la cara porque tenía puesto el casco, pero supe que era él por el uniforme”, explica con voz entrecortada. “Intenté abrazarlo, pero los guardias me lo impidieron, porque no lo podía tocar. Me recosté contra la valla de seguridad y entonces me dio un dolor enorme en el corazón. Se me fue el mundo... la persona que me acompañó me trajo de vuelta a casa y entonces caí en cuenta de que había dejado abandonado a mi hijo.

Más tarde Tita y Homar se enterarían de los detalles del trágico episodio que segó la vida de Omy: un hombre mayor bajo los efectos del alcohol cerró con su vehículo el paso a la motora del joven.

“Dicen que ese hombre había estado bebiendo desde muy temprano y que cuando bajó del hotel, en la carretera había muchas motoras que dificultaban el paso”, explica Homar. “Volvió a subir al hotel y cuando bajó de nuevo aceleró para ganar el paso. La motora de mi hijo se estrelló contra su vehículo y Omy salió despedido hasta estrellarse con la valla de seguridad. Le destrozó el cráneo”.

Aun cuando al causante de la muerte de Omy se le probó que tenía .14 por ciento de alcohol en la sangre, apenas fue sentenciado a siete meses de cárcel.

“No sabemos si los cumplió y él nunca mostró el más mínimo arrepentimiento, ni siquiera una palabra en la corte”, dice Homar en alusión al penoso proceso legal que hizo más dolorosa aun la pérdida de su hijo.

“Incluso nos llegaron a ofrecer dinero para que retiráramos del caso el agravante del alcohol –agrega–, pero la vida de nuestro hijo no tiene precio. Al final, el juez dictó sentencia: se probó que el individuo estaba borracho, que no se detuvo ante el Pare y que quiso hacer ver que era su esposa quien iba guiando al momento del accidente. No obstante, dijo el juez, no se pudo probar que el hombre tenía la intención de matar a mi hijo. ‘Así que siete meses de prisión y aquí no ha pasado nada’. Y digo yo, ¿qué borracho tiene

esa intención?”.

La anunciación

Como secuela a toda esta vorágine –y sin dejar de pensar que “Omy llegaría a casa”–, Homar acompañó a Marta –la viuda de su hijo– a hacer los trámites correspondientes con la Administración de Compensación por Accidentes de Automóviles (ACCA). Durante la gestión –y como parte del protocolo– la mujer se hizo una prueba de embarazo.

“Cuando buscamos los resultados en el laboratorio de Sonia Sepúlveda, amiga de la familia, ella me miró de una manera extraña y entregó el sobre a Marta, quien leyó el papel. Me lo mostró y vi que decía ‘positivo’. Ella comenzó a llorar de alegría y se me arreguindó del cuello. Yo sabía que Omy regresaría. Yo no sabía cómo, pero tenía la seguridad de que lo haría y en eso tampoco nos falló, como nunca nos falló en nada”.

El 12 de enero de 2002, cuando se acercaba la fecha del primer aniversario del accidente, Homar le escribió una carta a su hijo, en la que describe la buena nueva y hace un breve resumen de lo ocurrido durante los últimos meses.

“Al decirle a Nathalie –la hija de seis años que tuvo con Marta– que estabas en el cielo, me pidió el número de teléfono del cielo para hablar un ratito contigo”, le decía al ya ausente. “El corazón se me rompió. Marta tuvo que volver a la academia –de Policía, donde estudiaba– con el dolor enorme de haberte perdido, con tu hija hospitalizada y ella embarazada. Todos los días



(nos) llamaba varias veces y apenas le entendíamos porque era llanto y llanto...”.

Más adelante, Homar le narra a su hijo que “en julio 23, tu mamá Tita, tu hermana Omayra, tu hija Nathalie, tu cuñado Puly y yo acompañamos a Marta al ginecólogo...”. “Al hacer el sonograma –añade– nos dijo que sería un varoncito. Gracias Dios mío, gracias... Todos lloramos de alegría. Omarcito llegó el 3 de octubre de 2001 y tú, mi querido hijo, el día siguiente cumplías ocho meses de muerto”.

Hacia el final, una actualización del caso judicial contra el responsable de la muerte de Omy. “Al día de hoy no se ha podido celebrar vista preliminar en la corte. Todo este proceso nos sigue llenando de gran dolor... Llegó el protocolo de la autopsia... y reveló que no tenías gota de alcohol ni rastro de alguna droga. Los que te conocíamos,

Omy junto a su primera hija. A la derecha, detalle de la mesa donde los Guadalupe conservan los trofeos de su hijo.

sabíamos que tú eras un joven limpio y no me fallaste, querido hijo. Tu mamá ahora tus llegadas a casa cuando la levantabas, le mordías una orejita y le decías ‘cuánto te quiero, mi negrita’. Cada día que pasa, tu ausencia es más dolorosa”. Sobre la mesa los trofeos son las huellas mudas de una vida truncada de la manera más absurda, más injusta, más trágica y más dolorosa, por un conductor irresponsable que creyó –como la inmensa mayoría de los que se embriagan– que “borracho se guía mejor”.

En la fotografía, los dos niños llamados Omar continúan mirando a la cámara desde un pasado que no deja de doler, pero en el que también hay un latido de esperanza, un aliento de futuro.

Sí, sin duda, Omy regresó...

Libélulas

Metáforas de fe

Por Nancy Debs Ramos

De alas largas y cuerpo frágil, las libélulas no vuelan por mucho tiempo comparado con su etapa acuática de ninfas, fase llena de obstáculos por la que atraviesan durante algunos años. Simbolizan transformación, la madurez emocional y mental, el conocimiento profundo del significado de la vida. Estas pueden trasladarse en cualquier dirección, incluso mantenerse suspendidas en el aire como si flotaran, aunque sus alas se mueven solo una vez cada dos segundos. Lo hacen con tanta elegancia que nos dejan perplejos, mientras deseamos que su vuelo no sea tan fugaz.

Amanda Rodríguez Palmares nació en 1984 y desde pequeña experimentó varios problemas de salud. La dificultad mayor, una curvatura en la espalda que aumentaba según ella crecía, le causó profundos dolores durante su corta vida. Fue necesaria una delicada intervención quirúrgica en la que le colocaron unas varillas a ambos lados de la columna vertebral. Esto logró mitigar el dolor, aunque nunca desapareció por completo.

De cuerpo frágil, pero de alas largas, esta niña creció hasta convertirse en una joven decidida a volar. No había nada que “Mandy” se propusiera que no lograra, asegura su padre. Destaca que desde su nacimiento fue bien dinámica..., muy brillante. Tenía excelentes calificaciones, tanto en la preparatoria como en la Universidad de Puerto Rico, donde cursaba estudios en Teatro. Era abanderada, batutera [porrista], le encantaba actuar... Fue a México en tres ocasiones para tomar clases. Trabajó en un papel secundario de una novela con el actor puertorriqueño Pedro Juan Figuroa. Ya estaba dándose a conocer dentro del mundo artístico; llegar a Hollywood era su gran sueño.





Amanda pudo volar solo hasta los veintitrés años. El 30 de julio de 2007 salió a visitar unas amistades en Barceloneta, un municipio del litoral norte de Puerto Rico. A su regreso, el automóvil sufrió una avería cerca de un peaje de la autopista. Se estacionó sobre el paseo con dos gomas en la tierra y dos en el asfalto, guardando la mayor distancia posible de la vía. Encendió las luces de emergencia y esperó sentada escuchando música, mientras aguardaba a su novio que venía a asistirle.

Minutos después un conductor ebrio impactó el auto antes de que llegara la ayuda. La joven murió al instante; su auto quedó destruido. Cuando el padre arribó al lugar del accidente, reconoció las piernas de su hija a la distancia y supo que se trataba de ella. Comenzó a correr incrédulo, gritando, le faltó la respiración, se desmayó...

"Todo sucede tan de repente que te coge por sorpresa", dice el hombre, "no te da tiempo

ni de pensar, hablar, ni buscar consuelo, ni pedirle a Dios, ni pedirle a nadie, porque no hay quién te hable que te dé consuelo". El suceso trastocó la vida de toda la familia. Él no pudo vivir con los recuerdos de Amanda en la casa que habitaban y tuvo que buscar otra vivienda.

Waldo se ha refugiado en su fe para soportar la tristeza: "En un momento creía que había llegado a la locura; intenté quitarme la vida... Tu dolor es tan grande que Dios es el único que puede penetrar en tu corazón. A mí me ha funcionado. Yo he sabido perdonar". Desde su espiritualidad ha sido muy perceptivo de las señales que lo han ayudado a salir adelante. Por ejemplo: la película "Dragonfly" [La sombra de la libélula], lo ayudó durante los días de duelo. En esta el personaje principal, interpretado por Kevin Costner, pierde a su esposa en un accidente de tránsito y recibe mensajes misteriosos que lo conducen hasta la hija de ambos. "Es como un



instrumento que me fue llevando... la veía a cada rato [la película]. Después de eso, ¿dónde no me sale una libélula!", asegura.

Este hombre bondadoso comparte su experiencia con la esperanza puesta en salvar vidas. Entre sus recomendaciones para combatir estas tragedias que afectan a dos familias, la del ofensor y la de la víctima, y finalmente a todo un pueblo, incluye: dialogar más en las casas, despertar la conciencia de los jóvenes al ofrecer charlas en las escuelas (él ha participado en algunas) y unirnos todos en una sola voz.

Algunas culturas tienen la creencia de que cuando las personas mueren, sus almas se transforman en libélulas que esperan una oportunidad para volver a reencarnar. Para Waldo solo han sido una señal feliz en medio de las tribulaciones. Cada vez que se hace preguntas que no tienen contestación o cuando el vacío es insoportable, este hombre sintoniza su inmensa fe

Desde la izquierda, pág. 28: Amanda dando sus primeros pasos atraída por las luces del árbol en sus primeras navidades. Luego en su segundo cumpleaños y más tarde su graduación de kindergarden. Desde la izquierda, pág. 29: Amanda junto a su nueva bici. Luego, ya adolescente y convencida de querer convertirse en una modelo y actriz posa para su retrato de escuela intermedia. En la extrema derecha, un fragmento del afiche de la obra teatral *Cuidado Niños Jugando*, ya dando sus primeros pasos en el mundo de la actuación profesional en sus años de universidad.

con la naturaleza. Entonces las respuestas llegan. Uno de esos días grises, al salir de su trabajo, vio un árbol cubierto de libélulas como si floreciera en alas brillantes que oscilaban sobre las ramas. Su corazón se estremeció. "Yo sé que 'Mandy' está en un lugar maravilloso... ella quiere que yo siga siendo el padre amoroso; quiere que yo sea feliz", menciona. El mensaje de Waldo está resumido en la última frase de la película "Dragonfly": "Es la fe lo que nos guía".



Volver a vivir

Heridas a flor de piel que duelen en el alma

Por Nelson Gabriel Berríos

Nilda L. Claudio Stevens está acostumbrada a sentir las miradas curiosas que se posan sobre las cicatrices en su rostro y en sus brazos mutilados. Ella sabe que esas pupilas indiscretas la invitan a explicar su tragedia, pero a ella no le gusta contarla.

Si supieran que ya hace 27 años. Pero los recuerdos son flechazos de dolor. Un conductor borracho y drogado. Un choque intencional. El auto en llamas. La muerte de su pequeña Shayra. Un crimen sin castigo. Sufrir un infierno y aún mirar al cielo. Volver a vivir...

“La verdad es que no es fácil para mí. Todo el mundo quiere saber ‘¿qué te pasó?’ y que yo me siento a contar la historia, pero no todos los días estoy de ánimo. No estoy preparada para eso porque son unos recuerdos que me tocan demasiado”, explica Nilda.

Hoy hará la excepción. Así que en la sala de su hogar, entre su impresionante colección de Reyes Magos, esta mujer de 67 años decide compartir sus memorias. Aunque duela. Tal vez si alguien la escucha y crea conciencia, salve una vida. Tal vez.

Una foto de Shayra Laguna Claudio, la hija fallecida, se aprecia en la sala, a pasos del comedor donde Nilda comienza a hablar sobre la fatídica noche del 13 de septiembre de 1986. Su voz firme, algo ronca, se quiebra al remontarse a la escena de los hechos. A veces, gesticula levantando sus brazos llenos de cicatrices y con las manos amputadas.

— ¿Qué ocurrió aquella noche?

— Yo iba guiando por la avenida Baldorioty de Castro y de momento mi carro se apagó. Era poco después de las 9:00 de la noche. La persona que venía detrás de mí comenzó a tocarme bocina porque no podía pasar. Yo seguí tratando, pero el carro no respondía. Venía con mis dos hijas: la más pequeña, Shayra, de 11

años, estaba dormida y la mayor, Soraly, venía de pasajera. Él empieza a darme por detrás.

— **¿A propósito?**

— A propósito, varias veces, hasta que el carro se elevó por el aire, dio vueltas y quedó mirando para el otro lado de la avenida. Ahí el carro se incendió. Le dije a mi hija Soraly que se bajara, pero las puertas se atascaron. Rompió el cristal y al salir por ahí se cortó. Ella me decía a mí que saliera, pero yo no podía salir de un carro dejando a Shayra. (Al mencionarla, cierra sus ojos y respira profundo.) Como puede ver, me quemé más el lado derecho porque seguía tratando de sacar a mi hija. Ya yo estaba herida, porque con mi cara rompí el cristal del carro. Estaba sangrando demasiado. Y traté de sacar a mi hija, pero como estaba pillada no podía. Yo no lo sabía, pero ella murió rápido. Entonces, ¿qué le digo? Yo tratando de sacarla a ella, me desmayé y me fui.

— **¿Qué recuerda al despertar?**

— A mí me dieron por muerta. Cuando vienen los bomberos, buscaron unas tijeras para romper el metal y sacarme. Para sorpresa de ellos, estaba respirando todavía. Me llevan al Hospital de Área de Carolina. Allí estuve unos días, inconsciente. Cuando se supo del accidente, mi jefe se persona al sitio. Él ve que yo estaba ya verde, por una infección y dice: 'Yo tengo que sacar a Nilda de aquí, porque se va a morir'. Entonces me trasladan a la Unidad de Quemados del Centro Médico. Ahí estuve un año y unos meses.

— **¿Cómo fue ese año de tratamiento?**

— Allí no me dejaban verme en el espejo ni nada. Así que no estaba consciente de las quemaduras. Me tenían todo ese tiempo bajo drogas. Ya yo me había ido en paro dos o tres veces. Y le habían prohibido a las personas tocar temas que me fueran a afectar.

— **¿De su hija fallecida no le dijeron nada?**

— No. La verdad es que el golpe fue peor. Pasó el tiempo, yo estaba sedada casi siempre. Como a los 10 meses, un día le pregunto a mi hija por qué no venía Shayra. Ella me dice: 'El doctor no quiere que entre a este sitio porque es menor de edad y además tiene un catarro fuertísimo'. Pero había un cristal para cuando la persona hospitalizada no puede tener contacto con el público. Y pregunté: 'Si es así, ¿por qué no la asoman por el cristal?'. Mi hija bajó la cabeza y noté su nerviosismo. No lloró, pero yo noté su reacción.

— **¿Y cómo se enteró de la muerte de Shayra?**

— Después de la visita de mi hija entró mi papá, y mi papá es una persona bien mayor, bien nerviosa. Cuando me notó inquieta trató de tranquilizarme y preguntó: '¿Qué te pasa?'. Y yo le digo: 'Lo que me pasa es que quiero saber cómo está Shayra'. Mi papá abrió los ojos bien grandes y me dijo: 'Pero, mi amor, ¿tú no te acuerdas lo que pasó?'. Y le contesto: 'Precisamente eso es lo que quiero saber, ¿qué pasó?'. Él me dijo: 'Tú sabes que la nena murió rápido'. '¿Qué tú dices? ¿Qué tú me

dijiste?'... Yo me quedé con el hospital. Empecé a gritar. A mí me tuvieron que poner una camisa de fuerza; no quería ver a nadie. Yo dije que a la primera oportunidad que tuviera, me iba a suicidar. Estuve en ese shock y no quería ver ni siquiera a mis hijas, que son lo más importante para mí.

— **¿Qué le hizo seguir adelante?**

— Mis dos hijas. Aunque las rechacé de primera intención, me dijeron: 'Mami, tú eres una egoísta. Nosotras te necesitamos. Y fue verdad que Shayra murió, pero nosotras también somos tus hijas y te rogamos que reacciones. A nosotras no nos importa como tú quedes. Queremos que vivas para nosotras'. Y, pues, por ellas estoy aquí.

— **¿Hubo también ayuda psicológica durante su tratamiento?**

— No fue fácil. El doctor Héctor Benítez, de la Unidad de Quemados del Fondo del Seguro del

Estado, me llevó a varias personas que habían sufrido accidentes. Él me decía: 'Mira Nilda, esta persona pasó esto y ella se ha superado con las terapias'. Porque yo no quería coger las terapias

tampoco. Creía que aquí se acabó mi vida. Seguí en el hospital porque me faltaban operaciones en la vista. La amputación de las manos fue en el Hospital de Carolina. Y me hicieron como 20,000 trasplantes de piel.

— **De su hija que se fue, ¿cómo enfrentó luego los recuerdos?**

— Mis hijas fueron una pieza bien clave en la recuperación mía. Cuando salgo del hospital, ellas tuvieron la fortaleza de desaparecer aquellos objetos

que me iban a hacer recordar más a Shayra, como la ropa de la nena, los juguetes... No había rastro de nada. Yo no pregunté nada porque entendí que lo habían hecho para no causarme más dolor.



La pequeña Shayra en la celebración de su tercer cumpleaños.

— **¿Ha aprendido a recordar lo bonito sin caer en la tristeza?**

— He aprendido a recordarla así porque dormida la veía. Tuve mucho tiempo pensando que lo que estaba pasando era una pesadilla. Y cuando miraba la cama vacía era que caía en cuenta de que lo que me pasó era una realidad. Pero Dios me dio fuerza.

— **¿Cómo era Shayra?**

— (Sonríe) Mi hija tenía 11 años, pero era una niña súper inteligente. A esa edad ya estaba en escuela intermedia. Era bien alegre y me hacía reír. Como yo trabajaba en Hacienda siempre que la gente tenía problemas, ella buscaba que yo le solucionara. Yo le decía: 'Mira, yo no dirijo Hacienda'. Me decía: 'Pero es que la maestra tiene un problema con las planillas y yo sé que tú la puedes ayudar'. Y yo, 'pero bueno'... Le gustaba mucho la pintura, hacía unos dibujos en los que se veía que tenía mucho talento y sus calificaiones eran excelentes.

— **¿Llegó a ver a la persona que causó el accidente?**

— Los días de juicio coincidían muchas veces con mis operaciones. Solo una vez coincidimos en corte. La persona andaba con una Biblia y se acercó a pedirme perdón. Le dije que no, yo no estaba preparada. No podía perdonarlo porque él no había matado una hormiga. Y, pues, no pude seguir hablando. Me puse mal; después no lo vi más. No cumplió ni un día de cárcel. Nunca. Usted sabe cómo es la justicia. No solamente estaba bajo

los efectos de embriaguez, sino que estaba bajo efectos de drogas. Cogieron drogas en su carro, pero su abogado alegó que las pusieron ahí.

Aun con la historia terrible que le tocó vivir, Nilda decidió reencauzar su vida. Volvió a guiar y con el único pulgar que le quedó, logra utilizarlo para escribir. Va al gimnasio, a clases de yoga y a la iglesia. Sus hijas son su alegría, al igual que sus "cinco nietos bellísimos". Su hermana mayor se mudó de Estados Unidos a la Isla para ayudarla.

También recuerda cómo sus compañeros de trabajo del Departamento de Hacienda nunca la abandonaron: "Mi jefe fue tremendo apoyo porque él en ningún momento me dijo: 'Deja tu trabajo'. Él me decía: 'Tu escritorio está ready'. Pero mi trabajo era atender público y yo no estoy preparada para eso. El jefe me entendió, pero yo lo llevo siempre en mi corazón porque otro jefe me hubiera dicho: 'Mira ya tú no sirves como persona'". Se le quiebra la voz al decir esto y llora.

Tras su estadía en el hospital surgieron oportunidades laborales, como tesorera en el Movimiento de Alcance de Vida Independiente (MAVI), en el grupo de servicios a niños APACEDO y en el Consejo Estatal de Rehabilitación. Desde hace años viaja a Estados Unidos a un congreso de personas quemadas. Con la Fundación Luis Señeriz, Nilda también se presenta en actividades para crear conciencia en personas que han provocado accidentes al manejar en estado de embriaguez.

— **¿Cuál es su mensaje principal para las personas que van borrachas al volante?**

— Que un automóvil es útil, pero también puede ser un arma mortal si no se usa como se debe. No se puede guiar bajo efectos de embriaguez, ni usar sustancias que te pueden causar somnolencia o no estar alerta. Y si cree que no lo puede hacer así, entonces pásele la llave a otra persona. En mi caso, yo fui doble víctima por lo que me pasó y por la muerte de mi hija.

No todos los días Nilda Claudio Stevens cuenta su historia, ni la de su amada hija Shayra. Al escucharla uno entiende inmediatamente el por qué. Habla, y sus palabras trascienden las heridas a flor de piel, para dar cuenta de un dolor que es más bien del alma. Con todo, ella sigue mirando al cielo continuamente. Un magnífico ejemplo de cómo se puede superar la adversidad y volver a vivir.

Promesas que no se rompen

De los recuerdos que no pueden derretirse

Por Yolanda Arroyo Pizarro

El pequeño de ocho años dio varios mordiscos con prisa a su sándwich de helado, luego lo reempaquetó y le pidió a su mamá que se lo guardara en el congelador para terminar de comérselo más tarde. Quería terminárselo al regreso de su catecismo. En eso llegó su abuela a buscarlo. El pequeño Ranffy Oneil Rivera se despidió de su madre, se montó en la parte trasera de su automóvil... y esa fue la última vez que Jina Ruhlman lo vio con vida.

La próxima vez que ella y su esposo Ranffy Rivera volvieron a estar cerca de Ranffy Jr., el niño estaba inconsciente.

En el trayecto de regreso a casa, ya en horas de la noche, un hombre con largo historial delictivo por abuso de drogas y alcohol, con .22 por ciento de alcohol en la sangre, chocó a alta velocidad el auto que conducía la abuelita de Ranffy, segándole la vida al niño y dejando en estado crítico a la abuela.

Ese día su padre llegó más tarde a casa en compañía de Kevin, uno de sus tres hijos. Se había detenido a comprar pizza para la cena. Ya nuevamente en el trayecto a casa vio un helicóptero sobrevolando a baja altura. Al llegar a su hogar la casa estaba desierta. Su esposa había salido sin dejar un aviso. Nunca se imaginó que era su hijo mayor en compañía de su madre quienes eran trasladados de emergencia en una ambulancia aérea. El niño fue examinado primero en el Hospital Episcopal San Lucas de Guayama y, al entenderse la gravedad de la colisión, lo trasladaron en ambulancia aérea hasta la Unidad de Traumas del Hospital Centro Médico en San Juan.

Ranffy Oneil nunca se recuperó del coma que los golpes del accidente





Desde la izquierda, Ranffy Rivera (padre) junto a su primogénito. En el centro el pequeño Ranffy Oneil carga a su nuevo hermanito recién llegado a casa. A la derecha Ranffy Oneil posa vestido como todo un personaje del Titanic.

le causaron. La autopsia lo confirmaba claramente: murió tras recibir severo daño en todos sus órganos.

Jamás retornaría a compartir con sus compañeritos de clases del tercer grado, ni volvería a ver a sus hermanitos menores, Kevin Daniel y Milaury, ni al resto de los familiares y amigos que todavía hoy lo extrañan. En especial sus padres, quienes una década después del suceso, el día en que se celebra su nacimiento compran una

tarta y le cantan el tradicional “Happy Birthday”. Entre ellos mismos soplan las velas de quien hoy cumpliría dieciocho años.

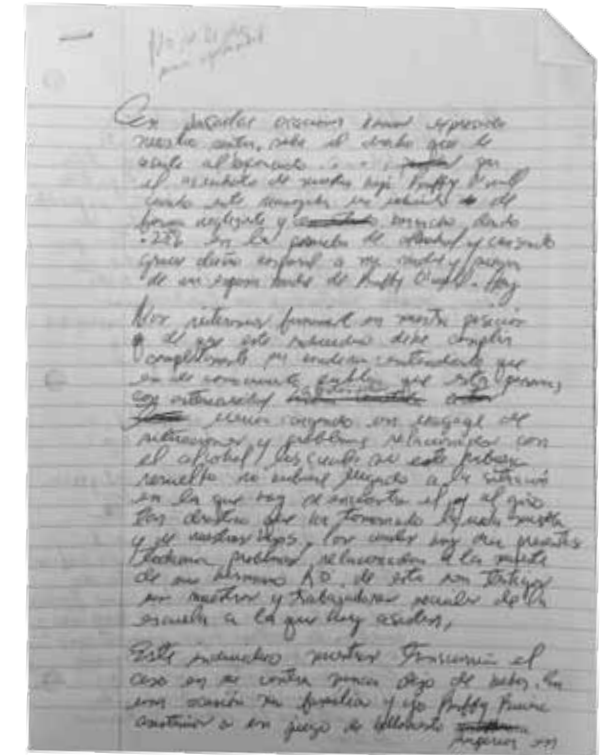
A pesar de que esta familia es muy unida, el padre siente que es difícil abordar el tema aun después de que ha pasado este decenio. Él cuenta cómo el evento los rompió. De cómo se han convertido en pedazos de lo que fueron. Asevera que no están completos. Que es una situación que limita, porque siempre estás pensando ¿cuándo

voy a perder a mis otros hijos?

Jina, por su parte, escribe en un diario el detalle de todas las veces en que sueña con su pequeño: las cosas que se dicen en el sueño, cómo estaba vestido, en qué lugar se ven, si se abrazan... “La hemos pasado feo, lo extraño todos los días de mi vida. Ay, aún recuerdo el abrazo que me dio la enfermera cuando me vio entrar por aquella puerta de hospital. Todo lo vi en mi cabeza como en cámara lenta. Montada en el helicóptero iba pensando en qué sería de mí si mi bebé no sobrevivía”, confiesa. También recuerda que cuando el helicóptero pasó por encima de su casa durante el traslado, sintió que se derrumbaba en el aire. Tiene fresca la imagen del estado de su hijo, que según pasaba el tiempo se tornaba irreconocible. Los médicos le trataban de explicar las cosas, pero la ciencia no podía hacer nada para calmar una angustia que ella solo sabe explicar como algo “muy feo”.

El hombre que mató a su hijo estuvo preso dos años, cumplió solo una parte de su condena, algo que al matrimonio les parece inaceptable. Sobre todo, les indigna que el convicto nunca mostró arrepentimiento. “Era culpable y nunca se ha disculpado con nosotros por habernos arrebatado la vida de nuestro angelito”, dice el padre.

Por si fuera poco, como a veces pasa en casos como este, la familia terminó siendo víctima de los familiares, amigos y conocidos del agresor, quienes los juzgaron y los hicieron sentir mal por reclamar justicia. La parte acusada le ofreció dinero



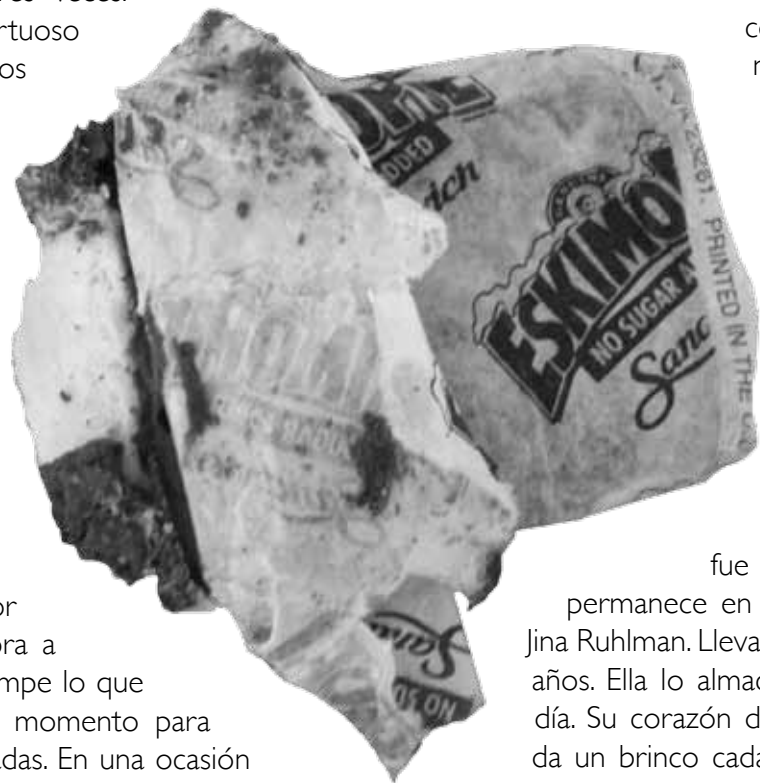
Entre los documentos del caso de su hijo que Ranffy Rivera conserva en una carpeta se encuentra el borrador de una conmovedora carta con la que le solicita a las autoridades que se haga cumplir la sentencia del hombre que mató su hijo al manejar intoxicado con un .23 por ciento de alcohol.

y no lo aceptaron, pues su interés era llegar hasta las últimas consecuencias judicialmente. Para ellos la vida de su primogénito no tenía precio, y mucho menos si el dinero venía de un individuo reincidente: de un potencial peligro para otra gente. Y es que hay una percepción bastante generalizada de los conocidos y familiares del acusado en estos casos,

de que las familias de las víctimas van en busca de venganza a los tribunales, y si no están dispuestos a quitar los cargos, aun cuando se les ofrece dinero para pagar sus desagrazos, entonces se les ve como gente sin capacidad de perdonar. No importa si el expediente de ofensas del acusado pesa más que una barra de plomo, las víctimas son abusadas tres veces.

Por el agresor, por el tortuoso proceso judicial y por los que entienden que el “perdón” dignifica a la familia que sufre el agravio.

Como la familia del culpable también es de la zona donde ellos viven, en ocasiones han coincidido en el supermercado, en la panadería o la farmacia. Jina no supera estos encuentros y opta por dejar el carrito de compra a mitad para irse, o interrumpe lo que tenga que hacer en ese momento para evitar el peso de las miradas. En una ocasión vio a la madre del conductor ebrio y pensó en decirle: “Tu hijo me sentenció a mí a no tener a mi hijo conmigo por el resto de mi vida”. Pero hay palabras que es mejor no decir y se tragó lo que pensaba.



Varios álbumes de fotografías dan cuenta de los ocho años felices en los que el Junior los acompañó, pero ningún recuerdo significa más que aquel que han tenido que conservar bajo cero. Hay muchas maneras conmovedoras con las que una madre puede explicar lo que significa perder un hijo, pero pocas tan impactantes como

la que estos padres conservan en la nevera.

Y es que el mantecado tipo sándwich con etiqueta azul de la marca Eskimo Pie, que Ranffy Junior dejó a la mitad para saboreárselo a su regreso el día que se fue para siempre, aún permanece en el congelador de Jina Ruhlman. Lleva guardado allí diez años. Ella lo almacenó desde aquel día. Su corazón de madre doliente da un brinco cada vez que abre la nevera y lo ve, porque aún hoy son claramente visibles las marcas de la mordida del niño entre las dos barras de chocolate que cubren un centro de vainilla.

Han hecho de todo para conservarlo; ha

resistido las inclemencias del tiempo, las amenazas de huracanes, las veces que se ha dañado la nevera y los no poco usuales apagones eléctricos. Cuando lo último pasa, han corrido por hielo para que el mantecado no se derrita, no pierda su forma, no abandone su esencia de relator de recuerdos y custodio de promesas. Después de todo, del Junior solo les quedan recuerdos, algunas fotos y ese pequeño souvenir de su corta existencia.

En ocasiones la madre sostiene en sus manos la barra de mantecado. Observa con ternura, pero a la vez con desolación, la marca de los dientes del niño entre las dos capas de chocolate con vainilla. Intenta olvidar lo que dijo Ranffy antes de despedirse aquella tarde mientras le entregaba su helado: “Te prometo que me lo como al regresar, mami”. Lo intenta, pero no puede; es algo que vivirá en sus recuerdos para siempre. Ella sabe que las promesas no se rompen.



El trago amargo

Una vida inocente que nunca debió apagarse

Por Rafael Vega Curry

A sus 33 años, Michelle Marie Santana Castejón miraba la vida con ojos de niña. Con ilusión, con frescura, con la alegría de quien tiene todo el futuro por delante.

No había razón para que eso no fuera así. Sus padres y su hermana, con quienes vivía, la adoraban. Le gustaba su trabajo. Hacía amigos dondequiera que llegaba. Sabía divertirse sin excesos. No tomaba alcohol. Su entretenimiento predilecto era estar en el sofá de su casa en Arecibo viendo películas de Disney, de las que aún sus padres guardan su amplia colección. Sin embargo, su pasión por los personajes y las creaciones del archifamoso animador no se limitaba a las películas. Había visitado varias veces Disney World, en Florida, cada vez que sus padres podían llevarlas a ella y a su hermana Marisabel. Llegó a conocer en primicia el parque de Harry Potter y hasta trabajó cuatro meses en Animal Kingdom.

“Le encantaba Mickey (Mouse)”, dice doña Isabel. “Pero de todos los personajes su favorito era Goofy. Mire, todavía tenemos su peluche”, agrega mientras muestra el famoso perrito de orejas largas en su estuche original, como nuevo. Tal como lo conservaba Michelle, “la niña grande de la casa”.



Arriba, Michelle Marie posando junto a sus peluches durante su infancia temprana. A la derecha, todo sonrisas junto a su inseparable hermana.

La noche del 12 de junio de 2010, Michelle Marie había salido de su trabajo en Camuy. Era viernes y ella quería divertirse un rato. Por ello, había ido a cenar y luego al cine, acompañada por la familia de su jefe –sus hermanas y cuñados– “y después se pararon en un localcito en Hatillo a cantar”, rememora doña Isabel. Pocos días antes, Michelle Marie acababa de planificar el “baby

shower” para una de sus mejores amigas.

Conteniendo el llanto, doña Isabel relata que esa noche, cerca de las 2:00 de la mañana, “ella le dio pon a la hermana del jefe. Cuando salieron, (en un semáforo) ella hizo un viraje en U para cambiar de dirección en la carretera de Hatillo. Ella lo hizo todo bien... Pero no me he querido enterar de más detalles”. Todo ocurrió



en cuestión de segundos.

Un joven de 19 años, quien recién comenzaba sus estudios de medicina en la ciudad de Chicago, había venido a Puerto Rico para pasar unos días con su familia. Esa noche, había salido con tres amigos a tomarse unos tragos.

Conduciendo a toda velocidad el vehículo SUV que le había prestado su padre, y en el que también viajaban sus tres amigos, el joven no lo pensó dos veces y rebasó una luz roja. No tuvo tiempo de ver que había varios automóviles en la



En tiempos muy felices, junto a sus padres y su hermana, en el último de los viajes que hizo al Reino Mágico. Dos semanas después de este momento pereció, víctima de un conductor ebrio.

intersección. Impactó a tres. El último de estos era el que conducía Michelle Marie. La joven falleció en el acto. Milagrosamente, la muchacha que viajaba con ella solo sufrió un duro golpe en la cabeza y se recuperó.

Asustado por lo que acababa de hacer, el joven ofensor se detuvo a esperar a que llegara la Policía. Cuando esta llegó y le realizó la prueba

de aliento, se comprobó que tenía un 15.8 por ciento de alcohol en la sangre. El límite legal para un menor de 21 años es de 0.02 por ciento. Sin embargo, y a pesar de haberle robado la vida a una persona de la manera más irresponsable posible, no llegaría a cumplir ni un solo día de cárcel.

Hoy, al recordar lo ocurrido, Ángel Santana e Isabel Castejón no pueden olvidar las últimas

palabras que le escucharon decir a su niña grande. Ese día Michelle se vistió para salir y, mirándose al espejo, pronunció unas palabras que hoy desgarran su corazón: “¿Verdad que me veo linda? Me debo quedar así para siempre”, les dijo.

El dolor de perder a un hijo en estas trágicas circunstancias sencillamente no se supera. Se maneja de día a día, se vive con este, se acepta como parte de la cotidianidad, pero nunca se vence. “Ninguno” es la respuesta de doña Isabel a la pregunta de cómo ha sido su proceso de sanación. “Es demasiado difícil... Es duro perder a un hijo, pero es más duro cuando se pierde por irresponsabilidad de una persona. Nadie se imagina que esto le puede pasar a uno o a un familiar”, añade. “Alguien tiene que llevar adelante a la familia”, interviene el padre. “Ella se enfermó de un montón de cosas. Yo me paso llevándola a sus citas con los doctores”, explica. La mujer se tuvo que retirar por incapacidad seis o siete meses después del accidente; él ya estaba retirado también por motivos de salud.

“Ella era ‘uña y carne’ conmigo”, recalca don Ángel. “Siempre estábamos juntos. La llevaba al trabajo, a la escuela... Yo iba a verla a mediodía, aun cuando ya estaba en la Universidad (de Puerto Rico, recinto de Río Piedras). Allí se graduó de Trabajo Social. Trabajó en la tienda La Gran Discoteca, le gustaba mucho la música. Y también fue voluntaria en las Olimpiadas de Atlanta y en el

Mundial de Gimnasia”, detalla.

Tras la tragedia, era imperativo un cambio, por lo que la familia se mudó a la zona metropolitana. “No pude volver a la casa” en Arecibo, confiesa doña Isabel. Aun así, cada domingo viajan allá, para visitar a sus familiares.

Su red de apoyo, no obstante, no se limita a su familia inmediata. “Mi hija Marisabel —quien tiene 30 años y vive con ellos— es artista gráfica. Y en la agencia de publicidad en la que trabaja hay otras personas que también han sufrido experiencias terribles a causa del alcohol”, cuenta doña Isabel. Así que su jefa y sus compañeros de trabajo se dieron a la tarea de crear una campaña para concienciar en torno a este grave problema, basada en la página web TragoAmargo.com. Es una página que celebra la vida, sin sermones ni regaños, a la vez que brinda información.

“La campaña la hicieron así porque si ponían ‘no tomes alcohol’ no la iban a poner en el periódico. Lamentablemente, las compañías de alcohol aportan mucho dinero a la economía”, manifiesta doña Isabel.

Como parte de los esfuerzos de apoyo a la familia, compañeros de trabajo, amigos y familiares han sacado tiempo para repartir en toda la Isla tarjetas con mensajes alusivos al abuso del alcohol. Además, participan en marchas y actividades educativas de prevención.

“El mensaje más importante es que lleven a alguien que guíe, que no consuman tanto alcohol. Para estar felices y pasarla bien no es necesario consumir tanto alcohol. Consideren a su familia y

a la familia de las demás personas”, aconseja.

No hay acción ni palabra alguna que sean capaces de devolver a la vida a un ser humano. Pero una palabra de arrepentimiento, de apoyo, puede poner en marcha el maravilloso mecanismo sanador del perdón entre dos familias tocadas por la tragedia: la del ofensor y la de la víctima.

El día de la acusación formal, sin embargo, nadie de la familia del joven ofensor tuvo contacto con ellos. Ni se acercaron. “Nunca hubo un ‘lo siento’, ni una palabra. Nunca”, revela doña Isabel.



Para recordarla por su carácter inocente y por aquellas cosas que la hacían feliz en vida, una imagen de Goofy jugando con una mariposa acompañan a Michelle Marie, pero ahora grabada sobre el mármol blanco que decora su lápida funeraria en el cementerio de Arecibo. Bajo la imagen del personaje, un mensaje grabado en la piedra, pero dictado por el alma:

EL RECUERDO DE TU SONRISA Y TU VIDA

ILUMINA NUESTROS DÍAS Y NOS DA PAZ...

TE EXTRAÑAREMOS HASTA QUE ESTEMOS

JUNTOS OTRA VEZ... TU MANITA, GORDITO,

MAMI, TU FAMILIA Y AMIGOS.

Una niña preciosa

Sobre la fugacidad de una vida brillante

Por Mario Alegre Barrios

A cada instante de nuestras vidas caminamos haciendo equilibrio en una finísima sogá que pende sobre el vacío infinito.

Así de frágil es la existencia: ahora estamos, al momento siguiente no, por las causas más diversas. Por ejemplo: nadie sale de su casa pensando que ese día va a morir a causa de un conductor en estado de embriaguez, sin embargo, tragedias así ocurren con una frecuencia sobrecogedora.

Esta realidad incuestionable nos obliga a pensar que —de alguna manera— todos somos víctimas potenciales. Eso —perder la vida así— le puede suceder a cualquiera... incluso a usted, que lee estas líneas.

Cuando Joceline Avilés Cupeles salió de su trabajo en San Juan para ir como todas las semanas a la casa de sus padres en Ponce, tampoco imaginó que jamás llegaría a su destino porque el automóvil conducido por un individuo fuera de sí a causa del alcohol la destrozaría con un impacto brutal que diez años después aún arranca lágrimas a quienes se quedaron esperándola aquella mañana.

Con la perspectiva de un futuro luminoso, Joceline es una de esas personas que dan rostro a las estadísticas escritas en las carreteras con alcohol y sangre.

Para doña María Cupeles, evocar la tragedia en la que su hija perdió la vida es revivir el mismo viejo dolor que lleva retorcido en algún lugar del alma, pena que es inmune al tiempo, sobre todo porque asevera que “no se hizo justicia” con el culpable de la tragedia.





Joceline Avilés en su primera comunión.

“Yo siento un dolor muy grande dentro de mí, porque nunca hubo justicia”, afirma, mientras la imagen de la última vez que vio con vida a Joceline permanece intacta en su memoria. “Joceline era una niña muy querida... estaba a punto de cumplir 23 años”.

Descrita por doña María como “una niña preciosa” que desde la infancia fue una estudiante extraordinaria, Joceline de alguna manera “siempre supo que iba a morir joven”, premonición que en ocasiones compartió con su madre y que habría

de convertirse en realidad.

“Mi hija era tan cariñosa”, murmura doña María con una sonrisa que solo permanece en ella por un instante. “Abrazaba a todo el mundo y a todo el mundo le caía bien... yo no sé ni cómo explicarlo. Era como un ángel”.

Si algo tuvo claro Joceline desde que era muy pequeña fue que “de grande iba a ser doctora”, porque esa profesión era la que arrojaba sus fantasías y juegos infantiles. Lo declaró desde que aprendió a hablar y nunca faltó un estetoscopio entre sus juguetes predilectos.

“Y conociendo cómo era mi hija, nunca dudé que lo cumpliría”, explica. “Hizo su doctorado en Psicología en la Universidad del Turabo y cuando murió acababa de abrir su consultorio en Trujillo Alto, donde se especializaba en atender a niños y jóvenes con adicción a drogas y alcoholismo”.

Amorosa y estudiosa, Joceline era también karateca, disciplina donde alcanzó la jerarquía de cinta negra y, como una manera de sufragar sus estudios, trabajó como embalsamadora en una funeraria de su ciudad natal.

Tan amorosa era ella que todos los fines de semana viajaba a Ponce desde su residencia en el área metropolitana para visitar a sus padres y hermanos, fervor familiar que tuvo un final trágico cuando el alcohol sobre ruedas se cruzó en su camino.

“Aunque a mí me adoraba, ella era locura con su papá... ya ve, él no resiste hablar de esto. Allí se fue adentro, a llorar. Joceline era su vida... y la mía también, pero yo me hago la más fuerte”, apunta con pesar infinito, luego de ver a su esposo,



Estas libretas repletas de notas del proceso judicial dan cuenta de la difícil tarea para conseguir justicia que pasó esta familia.

don Luis Avilés, alejarse para encerrarse en su habitación.

El accidente

Desde el día de la tragedia han pasado diez años, “pero ese dolor no muere, ni se apaga un poquito... siempre está aquí”, murmura doña María, mientras se golpea suavemente el centro del pecho, donde también lleva intacta la pena de otra tragedia similar, en la que uno de sus hijos murió atropellado frente a su escuela el mismo día en el que se graduaba de sexto grado, hace ya

muchos años.

La mujer se queda callada por varios segundos, con la mirada húmeda y errante, como buscando a tientas un lugar seguro en la memoria para no desplomarse entre los recuerdos.

“La noche anterior al accidente, mi esposo me pidió que llamara a la nena, porque había tenido un sueño muy feo con ella y quería que le dijera que no viniera”, rememora. “Dile que no viaje tan de madrugada mañana y que se venga más tarde... y es que ella acababa de cobrar y venía a pasar con nosotros el Día de los Padres, para llevarnos a comer. Pero no pude llamarla... algo me decía ‘no la llames’, ‘no la llames’ y no la llamé. Pero luego él la llamó y se lo dijo, pero no hizo caso. Ella le contestó que nada iba a pasar y que si estaba de Dios que pasara, pues pasaría”.

Amanecía el 15 de junio de 2003 cuando alguien llamó a la puerta de su hogar para decirles que Joceline había tenido un accidente.

“Un amigo de ella que también venía de San Juan y que es paramédico se encontró con el choque, que ocurrió muy cerca de aquí de la casa... le faltaba tan poco para llegar y me la mataron... un borracho la impactó por su misma puerta y me la mató en el acto”, recuerda doña María. “Vino mi yerno y él fue con mi esposo a verla... a mí me dejaron en casa. Más tarde empezó a llegar gente, mucha gente... ya no recuerdo quiénes eran, pero eran muchos. Fue una cosa, bien mala, bien fea... a mí me llevaron malísima al hospital y al lado mío

estaba el tipo ese, el que me la mató”.

La vida de Joceline terminó a las 4:15 de la madrugada de aquel Día de los Padres. Al llegar a bordo de su vehículo a una intersección cercana al Hospital San Lucas, se detuvo ante la luz roja de un semáforo. Cuando cambió a verde, arrancó y casi de inmediato un carro conducido a velocidad excesiva por un individuo severamente intoxicado por alcohol la embistió desde su flanco izquierdo, con un impacto de tal magnitud que el carro de Joceline quedó destrozado, con ella muerta en el mismo instante.

“Ella no iba a llegar directamente acá, iba a parar primero en casa de una hermana, para entonces esperar a que fuese un poco más tarde”, dice doña María. “El tipo que la mató se quedó ahí mismo, inmóvil y estaba muy drogado y borracho, según él mismo le admitió al policía que llegó al lugar del accidente. En el momento del accidente él tenía 22 años, igual que mi nena”.

La injusticia

Luego de un proceso de dos años y medio, el individuo nunca fue encontrado culpable por su crimen. “Lo declararon inocente y no sabemos por qué”, dice doña María. “Antes del juicio a mí me llamaron para que yo le retirara los cargos de que estaba borracho al momento del accidente”. Ella no aceptó esa petición.

En la víspera del juicio –señalado para un viernes– el juez dijo que se posponía hasta el lunes siguiente, “y cuando llegamos a la corte, no



Una de las últimas fotos de una Joceline Avilés sonriente y realizada, semanas antes que un conductor ebrio segara su vida.

hicimos más que sentarnos, cuando nos mandaron a parar, el juez entró y declararon al individuo no culpable”, evoca doña María con una punzada de dolor. “Él salió riéndose y dando gloria al Señor porque había salido no culpable, y yo solo lloré, lloré y lloré... hasta el día de hoy y sé que será así hasta el día en que me muera”.

Personas cristianas, de una fe muy profunda, tanto doña María como su esposo viven su dolor desde perspectivas diferentes; ella desde el perdón, él no.

“Mi esposo no ha perdonado al que la mató... en mi caso, yo creo que sí lo he hecho”, apunta con un suspiro. “Creo que tampoco le tengo odio. Mi hija me duele como no duele nada en el mundo, y me duele mucho también que esta persona diga que es cristiana. Yo tengo mucha fe en Dios y lo perdono, pero nunca nos dio la cara, ni nos dijo una sola palabra de arrepentimiento por esta pena tan grande que nos ha dado a toda la familia... al contrario, hasta se burló”.

Hacia el final, doña María suspira y entrelaza sus dedos. Las arrugas en su rostro hablan de su pena infinita y ni siquiera la sonrisa que intenta eclipsa por completo esa amargura eterna.

“No sé si algún día los borrachos dejen de matar gente en las calles... creo que es muy difícil que eso pase”, concluye. “Yo los veo manejando, con latas de cerveza en la mano y nadie les hace nada. Lo malo de todo esto es que quienes mueren en accidentes causados por borrachos casi siempre son personas inocentes, personas buenas, como mi hija, como mi Joceline”.

Mientras, la vida continúa para doña María, para su familia... para todos: siempre caminando, siempre haciendo equilibrio en una finísima soga...



Así luce la habitación vacía de Joceline Avilés en la residencia de sus padres en Ponce. Hoy día solo se usa para conservar sus recuerdos.



En el umbral de una vida nueva

Sobre el año nuevo que no llegó
y los sueños que se fueron con la Nochevieja

Por Nelson Gabriel Berríos

Nochevieja

Las horas anteriores a las celebraciones de despedida de año traen consigo una nostalgia intrínseca que nos recuerda lo bueno y lo malo que hemos vivido, pero también abren una ventana de tiempo que nos mueve a soñar con las metas del próximo año. El Año Nuevo es el umbral de una vida nueva. Entre esas reflexiones Lillian Marie Figueroa, con la vitalidad de sus 22 años, vislumbraba ese día con más ilusión que nunca aquella Nochevieja en Houston, Texas. El 2005 le había traído, entre muchas cosas significativas, la oportunidad de ser madre. Así, con siete meses de embarazo, esa noche soñaba con el momento en que nacería su bebé; y como si la felicidad no fuera suficiente, en los próximos meses regresaría a su tierra natal para ver nacer a su hija en tierra boricua, junto al calor de su familia que celebraba con antelación la llegada de la primera nieta. ¡Cuánta alegría!

En otro punto de la ciudad de Houston, un pastor estadounidense de 43 años, también se sumerge en el espíritu festivo de la víspera de año. No es su costumbre abrir una botella de alcohol, por lo menos no en esos tiempos en los que había trascendido su antiguo vicio. Al menos eso creyó. Ese día se tomó un trago y luego otro. Perdió la cuenta. Total, se trataba de una excepción, de un pequeño desliz para despedir el año...



Lillian junto a su hermano y sus padres en un viaje familiar a Orlando.

En Puerto Rico, Carmen Colón Hernández sostiene en sus manos la foto de su preciosa hija Lillian, feliz en el esplendor de su embarazo. Madre e hija hablan por teléfono, sobre todo de las advertencias de rigor que hacen las madres acerca de los cuidados que hay que tener, las carreteras, los tiempos de fiestas... Quedan en volver a hablar durante la noche.

Llegado el momento de celebrar los tiempos dichosos que vivía Lillian con su esposo Christopher Cruz, nada mejor que irse con la familia de él en Houston a festejar la despedida del año y la llegada del ansiado 2006.

En la avenida interestatal, dos vehículos camino a direcciones diferentes se cruzan. El de



En un día muy feliz para Lillian, el día de su quinceañero, en compañía de sus amados padres y su hermanito.

una familia camino a celebrar la vida y el de un ministro ebrio destinado a cegársela. El pastor impactó con su guagua el automóvil donde viajaban Lillian, su esposo, sus cuñados y la niña de estos. Todos resultaron con graves heridas y los trasladaron al Memorial Hermann Hospital de Houston. Por su embarazo de siete meses, la atención se centró en Lillian. Los médicos le practicaron una cesárea, pero ya era tarde para salvar a la criatura. Tras esa agonía, ocho horas después del accidente, los sueños felices de una joven madre y la oportunidad de vivir de su niñita se esfumaban para siempre.



Dos semanas antes del incidente que apagó su vida y la de su bebé el 31 de diciembre de 2005, Lillian se hizo esta foto para recordar su primer embarazo. Hoy es un recuerdo muy valioso para su mamá.

Año Nuevo

En la Isla, una madre recibía intranquila el Año Nuevo pues su hija no la llamó en la tradicional víspera, como había acordado. Carmen trató de recordar su última conversación con ella. “Mami, todo va a estar bien, espera mi llamada en la noche”, fue la respuesta. Entonces, como no llamó, Carmen se extrañó, pero se dijo a sí misma: “Tiene que ser que el celular se quedó sin batería”. Y miró la foto de Lillian embarazada.

A tempranas horas del día de Año Nuevo, desde Houston la localizaron y por piedad solo le dijeron: “Hubo un accidente”. Más tarde le informaron la horrenda noticia. Entre los gritos y el llanto inconsolable Carmen pensó: “Me voy a volver loca, me voy a morir”.

Sin embargo, no enloqueció. Encaró estoica aquel terrible inicio del año 2006 y en lugar de recibir a su primera nieta, tuvo que ver llegar el cadáver de su hija. “Es demasiado fuerte”, rememora la madre. En el funeral, frente al ataúd, recordó la alegría de los días anteriores, la Navidad, la espera de la bebé, el baby shower... “Todo se vino abajo”, confiesa. A Lillian la enterraron en Puerto Rico. La bebé llegó tres días después y entonces la familia, con resignación, hizo otro entierro.

¿Cómo se supera un golpe así? “Yo soy de las que enfrento, me gusta enfrentar”, es lo que contesta Carmen a quienes le preguntan. Buscó ayuda de organizaciones y pudo costear un viaje a Houston que incluyó un traductor. En pleno

proceso de duelo, fue al sitio donde ocurrió el accidente. La llevaron al hospital y habló con las enfermeras que atendieron a su hija de cómo fueron las últimas horas de ella. Quería saberlo todo, vivir un poco lo que su hija pasó, sentir como si hubiera estado allí. Además, quería ver en persona al acusado que le arrebató las vidas a su hija y su nieta por nacer.

No soportaba la idea de que el crimen contra su hija quedara impune, pues en un principio el acusado se declaró inocente. La policía tenía las pruebas de su culpabilidad, pero él no quería aceptarlo a pesar de que arrojó .26 de alcohol en la sangre. Finalmente, el 14 de febrero del año siguiente, abrumado por la prueba contundente y el remordimiento, el acusado se declaró culpable. Lo sentenciaron a 12 años de prisión.

Tiempo después, le hicieron llegar el vídeo de una entrevista hecha al ministro el día que lo encarcelaron. Él llevaba una Biblia en la mano y le preguntan qué le diría a la familia de la víctima. "Que oro siempre por ellos", fue la respuesta. Carmen, una mujer adventista, pensó en ese momento tantas cosas, pero se consuela al saber que al menos está pagando su culpa.

Con el dolor a flor de piel, sentía que su misión no había terminado. Entonces decidió participar en los Paneles de Impacto de Víctimas. Allí se ha encontrado con personas a quienes les han quitado la licencia por provocar accidentes en completa borrachera. En los paneles, junto a otros familiares de víctimas, les habla de su experiencia. Así ha visto a convictos llorar, como también a



Los empleados del Hotel Country Inn & Suites en San Diego donde laboraba Lillian, sembraron un árbol en memoria de su querida compañera y la bebé que llevaba en su vientre.

otros indiferentes que no pronuncian ni una palabra. Sin embargo, la mayoría afirma que no sabían que podían causar tanto daño.

Más allá de estos programas, Carmen entiende que las leyes tienen que ser más estrictas y con penas más severas. Le preocupan los conductores que tienen accidentes una y otra vez. Se indigna por casos como el de su segundo hijo, a quien otro conductor borracho le destrozó el auto, pero solo pagó una multa.

Ella nunca dejará de alzar su voz para crear conciencia. Lo hace en memoria de Lillian. Y cuando necesita fuerzas, mira la fotografía de su hija embarazada... la misma que contemplaba mientras escuchaba su voz al otro lado del teléfono aquella Nochevieja. Siempre tiene esa foto cerca. Verla, aún la hace sonreír.

Un angelito

La triste partida de Valeria

Por Vicente Toledo Rohena

No hace falta hacer preguntas para saber que en el hogar de los Ayala-Amaro algo muy duro trastocó su entorno familiar. No lo trastocó, mejor dicho: lo trastoca. Lo dicen sus rostros, el de Luis, ausente de expresiones, la mirada perdida, cabizbajo y silente; el de su esposa Brenda se esfuerza por compartir pequeñas sonrisas que terminan ahogándose irremediabilmente en la tristeza que revelan sus gestos. Solo ha pasado un año y cuatro meses de la tragedia en la que perdieron a la bebé de la casa.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos, cambiando sus vidas de súbito, tan instantáneamente que, por ejemplo, la casa donde viven hoy no es en la que habían levantado a su familia en los últimos años, sino el lugar al que huyeron la misma noche en que un conductor ebrio mató a la pequeña Valeria frente a su anterior hogar. Aun así, en su nueva morada la sala es una humilde galería de recuerdos que resumen los cinco años de una hermosa niña, mediante fotos de sus conquistas preescolares, coquetas poses fotográficas –porque practicaba el modelaje– y un uniforme de softball con los zapatitos deportivos según quedaron de la última vez que los usó. Varios cuadros enmarcan las distintas etapas de su vida, los cuales vistos en orden son una película que rememora los tiempos felices de esta familia.

De toda la familia, es Brenda Amaro –la madre de Valeria– la única que puede verbalizar los sucesos en este momento. Hay otros familiares en la casa, pero tan pronto se toca el tema todos se alejan.





Desde la izquierda, Valeria en sus primeros años de vida. En el centro, la niña practicando en sus clases de modelaje. A la derecha, Valeria celebrando el día de logros de “kindergarden”, unas horas antes de ser atropellada.

Brenda es una mujer de temple fuerte, que ha dado la batalla aferrada a la fe. Vale mencionar que son una familia profundamente religiosa por generaciones.

“Todo pasó el 28 de mayo de 2012 entre las 8:40 y las 9:00 de la noche”, narra la madre de forma pausada en torno al incidente en Jardines de Bordaleza, del barrio Emajaguas de Maunabo, que cegó la vida de su hija. “Como de costumbre, a esa hora llegaron varias de sus amigas, vecinitas, que la buscaban para jugar. Yo llegaba de trabajar como a las siete y acostumbaban a irse frente a las escaleras o a la casa de al lado, la de su primo. El tío le había regalado unos patines y estaba

muy contenta. También se encontraba con ella su hermana Alondra”, explica. “Entonces fue cuando ocurrió el accidente. El caballero que le arrebató la vida a Valeria tuvo un incidente primero en la jarda (parte alta de la calle o cuesta próxima al lugar de los hechos). Había chocado otro vehículo y discutía con las personas involucradas. Procedió a irse, según los testigos. Entró al carro y con movimientos descontrolados tomó ruta hacia abajo... Varias personas intentaron detenerlo, pero no fue posible. Iba pronunciando improperios y palabras soeces. Al bajar la cuesta descontroladamente, se encontró con la residencia del primo de la nena. Valeria estaba afuera, al

frente del portón al lado de nuestra casa, frente a la misma verja de la residencia, y ahí fue impactada. Las otras niñas pudieron correr, pero Valeria no porque estaba con los patines [puestos]”, detalla.

“Sentí el impacto y salí a socorrerla porque soy paramédica”, agrega. Entonces, hace una larga pausa. “Desde que la vi y la tomé en mis brazos sabía lo que había, le tomé el pulso. Al llegar la ambulancia le pedí a los paramédicos que la chequearan, pero ya sabía que la habíamos perdido y le dije a mi esposo que se nos fue. Las palabras de él fueron ‘no me digas eso’... Mi hija murió al recibir el golpe, al momento. Pero como madre al fin, no quise aceptar lo sucedido y decidí que la llevaran al CDT (Centro de Diagnóstico y Tratamiento) y que fuera el médico quien me diera la noticia. Cuando el doctor salió quiso hablar conmigo y me dijo: ‘Mamá tengo que hablar con usted’. Le dije: ‘No hable conmigo, hable con mi esposo, porque ya yo lo sé’”, confiesa.

Todo esto lo cuenta con gran esfuerzo, pero lo logra; sin embargo, toda una vorágine de sentimientos la embargan cuando recuerda que el día que todo eso pasó, la nena había celebrado su Día de Logros de kindergarden. Las lágrimas amenazan con salir, pero Brenda se mantiene ecuánime y busca apoyo en la mirada de su esposo que permanece inerte sentado a su lado. Ha sido él, Luis Ayala Rivera, y su hija mayor, Alondra, su principal motivo para seguir adelante.

El causante de la tragedia quedó pillado en su auto. Luego de atropellar a Valeria su carro entró a la marquesina e impactó dos vehículos



Como parte de sus clases de “kindergarden”, Valeria tuvo que escoger vestirse de una profesional. Escogió vestirse de paramédico como su mamá.

más. “Terminó en el hospital. Arrojó .024 por ciento en la sangre”, indica. Lo declararon culpable de todos los cargos y la lectura de sentencia está pautada para leerse próximamente. Sobre el agresor, Brenda aclara que “lo perdono a pesar de los errores que cometió. No soy persona de guardar rencor. Sí me duele lo que pasó, perdí a mi hija, pero lo perdono para poder sanar mis heridas. Si [él] fuera otra clase de persona, acepta los errores cometidos y se hubiera acercado a pedir disculpas... Me duele que no ha mostrado arrepentimiento”.

“Valeria disfrutaba de la playa”, asegura la madre. También la pequeña de cinco años era muy querida por amigos y vecinos. Recuerda dos características especiales de ella: cariñosa y tierna. Además, cuenta que tenía un don especial de alabar a Dios al cantar coritos cristianos. Fue instruida desde pequeña en los caminos de Dios y en todo momento a su tierna edad lo demostraba. En algunas ocasiones la niña buscaba un palo de escoba que usaba como micrófono para irse a predicar al balcón de la casa. “Siempre dije que esa niña sería predicadora. Tenía ese llamado. Se me fue, pero estoy tranquila al saber que conocía al Señor. Siempre lo he dicho, si Dios quiso que fuera así, hay que aceptar Su voluntad. Con algún propósito se la llevó. Valeria fue prematura al nacer y se fue también temprano a morar en los cielos”, afirma.

Entre susurros, la madre evoca cómo en las noches Valeria se sentaba en su sillón habitual frente al televisor y buscaba cualquier excusa para hablarle y mantener su atención. Del mismo



Entre los recuerdos de Valeria conservados en la casa se distinguen sus pequeños zapatos de fútbol, tal como los dejó de usar la última vez. El fútbol era su deporte favorito.

modo, reflexiona y cuenta que la niña siempre tenía el detalle de decirle lo bien que se veía cuando se preparaban para salir de paseo. Los atributos y características que Brenda destaca de su “angelito”, como ella le suele llamar, transmiten la imagen de una niña que aprendes a querer aunque no la hubieses conocido.

Reitera que todas las noches antes de dormir le da su bendición. Que habla con ella como si estuviera físicamente en la casa. “Ella siempre está de forma directa. A veces siento que me habla. Cuando llego de noche del trabajo, siento como si me estuviera hablando. He llamado a mi mamá y le he dicho ‘ven acá que escucho a Valeria, que me está cantando’. Sé que es mi imaginación,

pero es inevitable. Es una situación bien dura la de perder un hijo. Un dolor que siempre estará de una forma u otra ahí, en tu corazón”, revela Brenda, quien también señala lo difícil que ha sido trabajar con su hija mayor. Alondra estaba con Valeria y presenció el accidente, y a veces se culpa por no haber ayudado a su hermana. “A veces me dice: ‘Mamá, por mi culpa, por no halarla’. Pero ella realmente no podía hacer nada. Fue una etapa muy fuerte. Psicólogos desde el primer día. Pero tenemos que seguir adelante, Dios nos consuela y nos ayuda”, recalca.

Han sido muchas las pruebas de fuego, como la llegada de la primera Navidad sin la nena. Brenda comenta que ese día tuvo que trabajar. Días antes, cuando buscaba los regalos para la niña mayor, compró una muñeca para Valeria y un ramo de flores. Temprano en la mañana llevó los obsequios al campo santo y ya más relajada se trasladó a su trabajo. “Le pido mucho a Dios todos los días por Valeria y por fortaleza para mi familia. Le pido para que aumente mis fuerzas, porque soy el soporte de la familia. Todos hemos sufrido mucho, todos, incluyendo a mis padres”, subraya.

Hay un dolor implícito en el acto de revivir que el alma no sabe disimular, aunque el cuerpo haga todo lo que puede para proyectar entereza. Es tiempo de resumir la conversación. Es una familia con una herida demasiado reciente y con grandes retos por superar. Compartir su historia con la fe de ayudar a que a otros no les pase algo igual, ha sido un gesto algo más que generoso. En el trayecto de abandonar la sala, un tabloncillo con un verso bíblico del profeta Isaías y una foto cuelgan

de la pared próxima a la puerta. El primero lee: “Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán”. Justo al lado, en la foto, un “angelito” sonriéndose.

Las Estadísticas

de la Epidemia de Alcohol en las Carreteras

Por José A. Delgado

Director de la Comisión para la Seguridad en el Tránsito

Estudios realizados en años recientes posicionan a Puerto Rico como el segundo país del mundo en consumo de alcohol per cápita, con aproximadamente medio millón de personas que beben en exceso. Esto significa que cerca del 15 por ciento de nuestra población enfrenta problemas derivados de este vicio en cuanto a su salud física y emocional, así como en el desarrollo de su actividad profesional y en las relaciones familiares.

Cada año ocurren un promedio de 43,000 choques de tránsito en nuestras vías públicas; o sea, 826 colisiones a la semana. Esto se traduce en 118 choques por día, equivalente a un promedio de cinco accidentes por hora. Ese panorama ha provocado unos 8,600 heridos y más de 360 muertes, según las estadísticas de 2012 de la Comisión para la Seguridad en el Tránsito. El 45 por ciento de las lesiones o fatalidades están directamente relacionado con conductores ebrios al volante. El 50 por ciento de los conductores fallecidos da positivo a bebidas embriagantes. En los últimos diez años, más de 1,500 personas en la Isla han sido víctimas de la ebriedad.

En la nación americana unas 27 personas mueren diariamente, esto es una muerte cada 53 minutos; mientras que cada 90 segundos una persona resulta herida en accidentes relacionados al consumo negligente de alcohol en las vías de rodaje. Tanto aquí como en Estados Unidos de Norteamérica todas esas tragedias y los traumas físicos y emocionales causados por el alcohol, suman unos \$132,000 millones anuales en pérdidas y gastos. Porcentual y cuantitativamente queda demostrado, pues, que el alcohol es la principal causa de muertes en las carreteras y además, tiene un fuerte impacto negativo en la economía.

Hay para quienes resulta simpático y favorable el distintivo de ser un país con un nivel escandaloso de consumo de alcohol. Los impuestos millonarios que se recaudan entre los negocios que lo venden y las cuantiosas ventas que genera, la hacen una industria económicamente atractiva tanto para el gobierno como para el sector privado. La publicidad de bebidas alcohólicas representa una de las más grandes y prósperas en los medios de comunicación masivos.

El consumo de alcohol exagerado y la facilidad para su acceso, es definitivamente un grave problema. Es un fenómeno cuya raíz está en la permisividad de nuestra sociedad, en la fuerte promoción del producto y en el descuido de muchos padres. Esto último a juzgar por el hecho de que más del 56 por ciento de los menores de edad ha consumido bebidas alcohólicas al menos una vez en la vida, lo que facilita que el alcohol sea más favorable a su consumo que el cigarrillo u otras drogas.

Las estadísticas no mienten: el alcohol es una epidemia en Puerto Rico y sus efectos sobre nuestra sociedad pueden palpase en las historias presentadas en este libro, con las que se le ha puesto rostro y voz a los miles de seres humanos que han sido víctimas del alcohol en la carretera. Por ser la vida un preciado tesoro, controlar la epidemia es fundamental para traer un clima de tranquilidad, felicidad y estabilidad emocional a las familias puertorriqueñas.

Queda mucho trabajo por hacer. Con las herramientas educativas que brinda la Comisión para la Seguridad en el Tránsito, mayormente enfocadas en la prevención, y con las herramientas disuasivas de la Policía, estamos avanzando en la doble meta de crear una mayor conciencia colectiva de que el guía y el alcohol no mezclan, y sobre la urgencia de sacar a los borrachos de las carreteras. Iniciativas como este libro que produce el instituto de Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE son un paso de avance en ese proceso.

Solo nos toca que escuchemos con empatía la voz de las víctimas para recapacitar sobre la magnitud del problema y luego comprometernos con actitudes y acciones que mejoren nuestra calidad de vida. Así no tendremos más “ausencias” que lamentar.

Epílogo

Un comentario sobre las historias de *Ausencia*

Por Dr. Pablo Rodríguez

Director de la Unidad de Trauma del Hospital Centro Médico

Entre los lugares comunes en las historias presentadas en este libro, le habrá llamado la atención que una buena parte de las víctimas de los accidentes de tránsito, de no haber muerto en el acto, se menciona que fueron llevadas al Centro de Traumas del Centro Médico de Puerto Rico. Cada año cientos de lesionados en accidentes automovilísticos son trasladados a nuestras instalaciones con la esperanza de que podamos salvar sus vidas. En eso ponemos nuestro empeño. Somos la unidad especializada en traumas más importante de Puerto Rico.

Conocer de accidentes fatales a diario, estar cerca de las familias afectadas, escuchar el testimonio de las víctimas, ser testigos de la evolución judicial de los casos, nos permite tener una visión amplia del problema de los conductores ebrios en Puerto Rico.

Debe ser difícil levantarse en las mañanas posteriores a un incidente en el que una familia es sumergida por fuerza en el luto. Sobre todo, si ese evento ocurre de manera inesperada y por descuido de alguien. Tampoco ha de ser fácil oír incrédulamente que nos toca lidiar con una nueva

realidad ajena a lo que fueron nuestros sueños. Es la peor sentencia que nos puede imponer la vida: cuando sin hacer nada para merecerlo, nos convertimos en víctimas de la negligencia de otro.

Tras leer la antología de historias que componen esta publicación, nos invaden varios sentimientos. El primero es de admiración por el valor estoico con el que los protagonistas, valerosos hombres y mujeres, luchan por sobreponerse de sus pérdidas. También nos queda el mal sabor de enterarnos que el común denominador de los calvarios que se describen en estos textos es, que más allá del acto criminal, las familias afectadas son revictimizadas en el proceso de obtener justicia. Peor aún, la flaqueza de los esfuerzos para prevenir el consumo de alcohol ya por sí solo nos convierte a todos en posibles blancos de agresiones en la carretera.

En la inmensa mayoría de las historias, la muerte de las víctimas, casi todos niños y jóvenes, han quedado impunes o las sentencias resultan pequeñas en relación a las faltas. Muchas veces los ofensores nunca llegan a cumplir cárcel. ¿Cómo la sociedad puede aprender la lección si las penas

no son retributivas a las faltas? Tristemente se quebranta el esfuerzo del policía que afanosamente intenta hacer prevalecer la ley y se quiebra la voluntad del ciudadano que sirve de testigo en casos de este tipo.

Ciertamente no podemos depender de un enfoque punitivo para erradicar el problema. Como dice doña Sonia Señeriz en la primera historia que se narra en el libro, las leyes no tienen sentido si no se dan a conocer y si no se hacen cumplir. En Puerto Rico la legislación es amplia, pero hay que trabajar más en la prevención y en el cumplimiento de la ley.

Se sabe por estudios, que la estadística que establece que del 40 al 50 por ciento de los incidentes en las carreteras son causados por personas bajo los efectos del alcohol es representativa y fiel a la realidad. En el Centro de Trauma del Centro Médico hemos confirmado lo repetitiva de esta conducta. Vemos gente de todos los niveles, incluidas personas profesionales con altos puestos administrativos que violan la ley. Dicho de otra manera, no hay un perfil del agresor típico, pues vemos gente conduciendo ebrios de todas las edades, sexo, credos y nivel socioeconómico.

Del lado de las víctimas, examinando los casos conocidos, podemos extrapolar que muchos de los fallecidos son niños o gente joven en plena edad productiva. Ninguno de los afectados mencionados en este libro registraban niveles de

alcohol en su sangre. Una tercera coincidencia, quizá la más triste y la que hace más dura y lenta hace la sanación para las familias afectadas es que los que han querido llevar sus casos hasta las últimas consecuencias legales, sufren la burla de reconocerles como personas que no conocen el perdón. Éstos son acosados y etiquetados de ser personas con odio, sin capacidad de perdonar, de manera que se convierten en víctimas por partida doble.

De cara al futuro tenemos la obligación de ser más proactivos en la prevención, pero sin bajar la guardia en fiscalizar que se cumpla cabalmente con los ordenamientos que ya disponen nuestras leyes. No necesitamos más ausencias. Los accidentes en las vías de rodaje es de las principales causas de muerte en gente joven del País. Si no hacemos lo suficiente para controlar el problema, seguiremos añadiendo historias a antologías como ésta. Eso no podemos permitirlo.

Agradecimientos

Nuestro profundo agradecimiento a todas las personas que hicieron posible este libro, en especial, a todas las familias que nos abrieron las puertas de su hogar para contarnos sus historias y que con tanta gentileza colaboraron con los testimonios y fotografías que aquí se publican.

También agradecemos la colaboración de la **Fundación Luis A. Señeriz, Mothers Against Drunk Driving**, la **Comisión para la Seguridad en el Tránsito** y la **Administración de Servicios Médicos de Puerto Rico**.

Con igual aprecio, reconocemos la valiosa aportación de los escritores que con gran responsabilidad han prestado su talento para transmitir las voces de los protagonistas de estas historias. Ellos son:

Mario Alegre Barrios, Yolanda Arroyo Pizarro, Nancy Debs Ramos, Nelson Gabriel Berríos, Víctor Manuel Nieves, Vicente Toledo Rohena, Rafael Vega Curry. Así también reconocemos el desempeño creativo de QVALITAS. Inc y todo el equipo editorial.

Por último, agradecemos el interés de todos los lectores que han hecho suyas estas narraciones por un momento. Esperamos sinceramente que hayan tocado su sensibilidad y que además les motive a compartir esta lectura con otras personas.

¡Muchas gracias a todos!

AUSENCIA

El vacío ocasionado por conductores ebrios

Hay vacíos que llenan el alma de un dolor que nunca nos abandona. Vacíos ocasionados por conductores ebrios en nuestras carreteras. Conductores cuyo comportamiento produce ausencias irreparables que trastocan para siempre la vida de las víctimas y sus familiares.

Ausencia, es una recopilación de esos testimonios que nos asoman al impacto humano, familiar y social que produce el consumo negligente de alcohol en las carreteras. Son páginas que dan cuenta del inmenso dolor que significa una pérdida, pero a la vez, son un homenaje al estoicismo humano, a la superación, a la combatividad, a la trascendencia, a la espiritualidad y a la ilusión por la vida de quienes han tenido la bondad de enfrentar sus duros recuerdos para compartirnos sus experiencias.

FUNDACIÓN **MAPFRE**